JOSÉ ECHEGARAY



Conflicto entre dos deberes

DRAMA

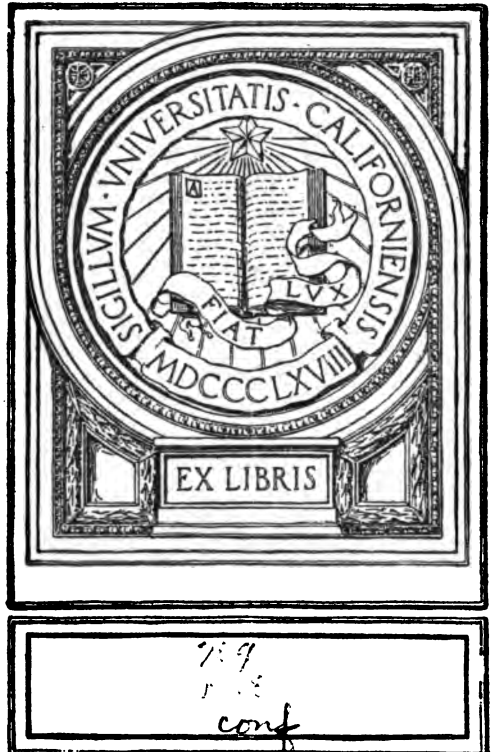
en tres actos y en verso, original

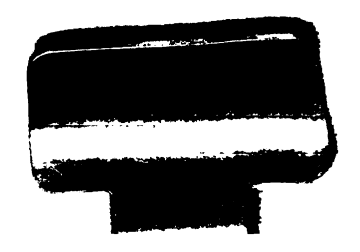
OCTAVA EDICION

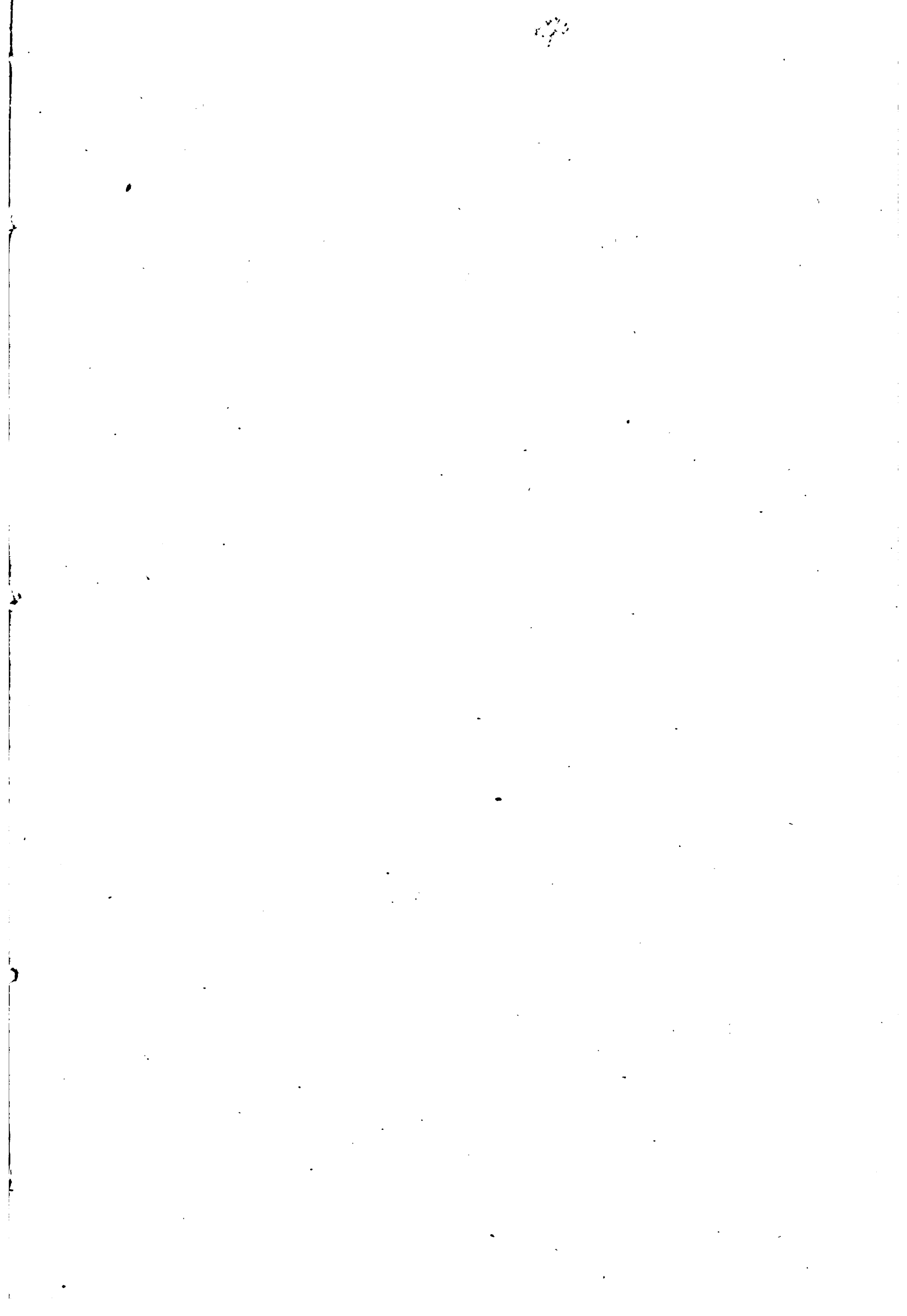
MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

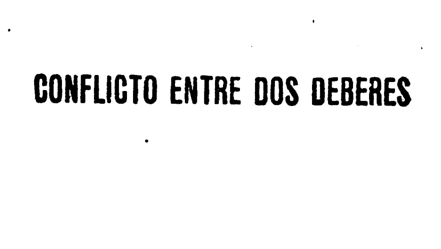
1915




SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
conf







CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES

CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES

DRAMA

en tres actos y en verso

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en Madrid, en el TEATRO ESPAÑOL, el 14 de Diciembre de 1882

OCTAVA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1915

A los actores

en prueba de admiración y gratitud

Ya que a su entusiasmo y a su talento debo la mejor parte del triunfo que mi drama ha obtenido, recobren por este público testimonio lo que en buen derecho les pertenece.

José Echegaray.



REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DON JOAQUÍN, padre de......	SR.	JIMÉNEZ (Donato).
AMPARO......................	SRA.	CONTRERAS.
RAIMUNDO, sobrino de.......	SR.	CALVO (Rafael).
PRUDENCIO..................		FERNÁNDEZ (M.)
DOLORES, hermana de........	SRTA.	GARCÍA.
BALTASAR....................	SR.	CALVO (Ricardo).
PEDRO, criado................		RIQUELME.

Año 18...—La escena en Barcelona



ACTO PRIMERO

Salón elegante. Gran puerta en el fondo. En primer término, a la derecha del espectador, una puerta; a la izquierda, en primer término un balcón; un velador y sillas a la izquierda, a la derecha un sofá. A la derecha, segundo término, otra puerta. Es de día.

ESCENA PRIMERA

AMPARO en el balcón; DON JOAQUÍN en el sofa

JOAQ. Mucho vas a ese balcón,
mucho miras hacia fuera:
¡es al cielo y a sus nubes
o desciendes a la tierra!
Cuando el alma a lo exterior
se asoma, y en él inquieta
algo busca sin saber
lo que busca o lo que anhela,
es que siente por su mal
un vacío, que o se llena
con la dicha, o con el llanto
que en él filtran las tristezas.

AMP. (Desde el balcón.)
¿Qué dices, padre? No entiendo...
De aquel celaje que incendia
con postreras llamaradas
el sol en la azul esfera;
de la espléndida marina

que ante Barcelona ostenta,
en las olas blanca espuma,
y en el cielo blanca niebla,
los mil cambiantes seguía
y admiraba la belleza.
¿Estás triste? (Acercándose a su padre.)

JOAQ. ¿Lo estás tú?

AMP. No, en verdad.

JOAQ. ¿Pues quién pudiera
llevar a mi corazón,
Amparo, sombras o nieblas,
mientras brille la alegría
en esa faz hechicera?

AMP. Los negocios.

JOAQ. Se traducen
o por ganancia o por pérdida,
y tal mi fortuna es hoy,
que a sus cúspides no llegan
ni caprichos del azar,
ni asaltos de la pobreza.
Además, en esta vida,
tú sola, Amparo, me quedas,
y aseguré para ti,
hija mía, la opulencia. (Con orgullo.)
¡Muchos años me costó!
(Con preocupación creciente.)
¡Muchas batallas tremendas!
¡noches con fiebre y sin sueño!
¡días de ansiedad inmensa!...
¡a veces dudas!... ¡a veces!...
Pero, en fin, en la revuelta
sociedad, y en esta lucha,
que llaman hombres de escuela
y de saber positivo
la lucha por la existencia,
fuí vencedor, y por fin,
descanso bajo mi tienda.

AMP. Y respetado, y querido;
con más honra que riqueza;
con el amor de tu Amparo,
y tranquila la conciencia,
que se puede de este modo
llegar a viejo sin pena.
Quiero decir cuando llegues,
que por ahora ni sospechas. (Con mucho mimo.)

JOAQ. Dices bien, y yo lo afirmo, (Sombrío.)
¡con más honra que riqueza! (Con energía.)
que de aquélla por un átomo
pueden darse todas éstas.
Yo habré sido alguna vez... (Preocupado.)
¡rudo!... ¡violento!... ¡y me pesa!...
Pero siempre con razón,
contra injusticias ajenas,
castigo de las traiciones,
¡de mi familia en defensa!...
¡bien lo sabe Dios! ¡lo sabe!
que él en las almas penetra.
(Pausa: se queda meditabundo.)

AMP. Pues no pienses más en ello,
si es que acaso en ello piensa.
Mejor que tú no hay ninguno: (Abrazándole.)
tan bueno.. ¡muchos quisieran!
pero no es posible, padre,
¡que don Joaquín de Barrieta
no tiene igual!... ¡no, señor!...
Si acaso.. ¡y esto es proeza
insigne! podrá llegar
a donde mi padre llega,
Raimundo

JOAQ. ¿Raimundo? (Mirándola fijamente.)

AMP. (Algo confusa y volviendo el rostro.)
Digo
esto, porque tú ponderas
su carácter... su virtud..
su talento... su nobleza...
Y porque todos lo dicen...
(Cada vez más cortada.)
y porque dió siempre pruebas
de ser un alma... Y en fin,
lo digo como dijera
otra cosa. Pero en suma,
(Volviendo a abrazar a su padre.)
yo siempre vuelvo a mi tema:
como mi padre ninguno,
ni nadie que más le quiera
que esta niña caprichosa...

JOAQ. Que es gloria de su existencia.
Pero el elogio que hiciste
de Raimundo, no me pesa.
(Separándola un poco y observándola atentamente.)

Mi modesto secretario
es, con toda su pobreza,
¡un Creso! por los tesoros
que dentro del alma lleva.

AMP. Verdad que sí. (Sin poder dominar su alegría.)

JOAQ. Tú lo has dicho.

AMP. Yo lo dije y tú lo apruebas.

ESCENA II

AMPARO, DON JOAQUÍN y PEDRO por el foro

PEDRO Don Joaquín...

JOAQ. ¿Qué quieres, Pedro?.

PEDRO Vino un señor y se empeña
en que ha de hablar con usted.

JOAQ. ¿Le conoces?

PEDRO Sí: por señas,
que en casa de don Raimundo
le he visto. Nada, no yerra
mi memoria: debe ser
su tío... o le anda muy cerca.

AMP. ¡De Raimundo!

JOAQ. Di que pase.

PEDRO Al momento. (Sale por el foro.)

AMP. ¿Tú sospechas,
qué podrá ser?

JOAQ. No, en verdad.
El viene...

AMP. Adiós.

JOAQ. Adiós.
(Sale Amparo por la puerta de la derecha, primer término, preocupada y mirando hacia el fondo: don Joaquín le acompaña.) Esta
visita...

AMP. Es extraña...

JOAQ. En fin,
veremos lo que nos cuenta. (Sale Amparo.)

ESCENA III

DON JOAQUÍN y DON PRUDENCIO por el fondo

PRUD. Pues señor, si bien me fundo
(Aparte desde el fondo.)
ya estoy metido en la red:
conque valor.
JOAQ. Pase usted.
(Levantándose y afectuosamente.)
PRUD. Soy el tío de Raimundo.
JOAQ. Muy señor mío.
PRUD. Yo siento
molestar... (Avanzando con cierta timidez.)
JOAQ. De ningún modo.
PRUD. Pero quisiera...
JOAQ. Ante todo
sírvase tomar asiento.
(Pausa. Se sientan ambos; después se observan por algunos instantes.)
PRUD. Muy bondadoso parece. (Aparte.)
(Nueva pausa.)
Necesitamos su amparo.
JOAQ. Explíquese sin reparo
y diga qué se le ofrece.
PRUD. Conociendo su bondad, (Animándose.)
a usted, señor, nos volvemos;
porque, don Joaquín, nos vemos,
por virtud o terquedad
de Raimundo, en situación
tan difícil y apurada,
que considero excusada
cualquiera ponderación.
¡Nos abandona el ingrato!
JOAQ. ¿Quién? ¡Raimundo!
PRUD. Claro está.
JOAQ. ¿Que se nos marcha? (Con gran sorpresa.)
PRUD. ¡Se va...
de España! y en su arrebato
sin compasión nos inmola.
JOAQ. ¿Pero a dónde? (Con afán.)
PRUD. Don Joaquín,
ni él lo sabe. Pero en fin,
a la América española.

JOAQ. ¿Por qué?

PRUD. Dice, que le pesa
la miseria y le importuna:
que quiere probar fortuna;
pero la razón no es esa.
¡Ya ve usté qué frenesí!
dejar a su madre anciana,
y a Clara, casi su hermana,
¡y, qué más, dejarme a mí!

JOAQ. Pero qué, ¿les abandona
por completo?

PRUD. No, señor,
nos mantendrá, que en rigor,
Raimundo es buena persona.
¿Pero quién el porvenir
asegura en tales casos?
Hay peligros... hay fracasos..
¡Y si llegase a morir!...
Él de nosotros cuidó,
como es justo, cosa clara.
Si de pronto nos faltara,
sin él, ¿qué me iba a hacer yo?

JOAQ. (Mirándole con cierto asombro y sonriendo.)
Pues me parece que usted
tiene edad a lo que advierto...

PRUD. No, señor; soy hombre muerto.
Si él nos falta no hay merced.
(Con profunda convicción de su inutilidad y con el más natural egoismo. Pausa: don Joaquín le observa sonriendo.)
Mi educación fué esmerada;
pero el mundo es un abismo.
Abandonado a mí mismo
yo no sirvo para nada.
Y Raimundo obligación
tiene de cuidar de mí,
y de mi niña, eso sí, (Con mucha energía.)
sobre eso no hay discusión.

JOAQ. No la habrá.

PRUD. Bien se concilia
con su deber mi derecho.
Don Joaquín, esto es un hecho.

JOAQ. Si un secreto de familia...

PRUD. Yo era rico: gran caudal:
millones de mi mujer.

Pero no quise entender
en su manejo. El metal
es bueno para tenerlo,
y es bueno para gastarlo,
mas si es preciso cuidarlo
es cosa de aborrecerlo.
A Gaspar se le confió,
que era el padre de Raimundo,
y, por fin, cosas del mundo,
mi hermano me lo perdió.
Murió de pena, esto es fijo:
de pena y remordimiento:
era hombre de gran talento,
mas tan loco como el hijo.
Luego es de toda evidencia,
y Raimundo lo conoce,
que debe pagar—y es goce
para un hombre de conciencia—
esta deuda que contrajo
su padre en hora menguada,
dándonos pan y posada
a costa de su trabajo.
(Se queda mirando con expresión triunfante a don Joaquín.)
¿No es esto?

JOAQ. Bien podrá ser.

PRUD. Es claro como la luz.
Conozco que es una cruz;
¿pero yo qué le he de hacer?

JOAQ. Él cumple...

PRUD. No lo bastante.

JOAQ. No comprendo...

PRUD. Bien mirado...

JOAQ. Raimundo es un hombre honrado.

PRUD. Pero muy extravagante.
Tuvo más de una ocasión
de hacer caudal en la vida;
pero siempre prevenida
su perversa condición,
contra toda coincidencia
favorable, busca ansioso
algún nuevo y primoroso
escrúpulo de conciencia;
y con él y su importuna
exagerada honradez,

una y otra y otra vez
cerró el paso a la fortuna.
No se arrepiente jamás,
y cada cual en su tanto
él gana plaza de santo,
de mártires los demás.

JOAQ. Más le encomia que censura,
quien tal defecto le achaca.
Si Raimundo siempre saca
su virtud íntegra y pura
merced a esfuerzos honrados,
gana...

PRUD. La eterna salud.
Pero con tanta virtud
nos tiene sacrificados.

JOAQ. Lo primero en esta vida
(Con severidad.)
es el deber.

PRUD. Lo segundo
es pensar que en este mundo
todo tiene su medida.
Yo soy de esta condición.
Soy pacífico y prudente:
me voy donde va la gente,
y odio la exageración.

JOAQ. Excesos de la honradez
(Con hondo sentimiento y hablando más para sí que para su interlocutor.)
pueden al pronto dañar;
pero no suelen sobrar
cuando llega la vejez:
cuando se abate el más fuerte,
y lo pasado desvela,
y la sangre se congela
y va llegando la muerte.
En cambio un solo delito,
natural, justo quizás,
don Prudencio, pesa más
que una losa de granito.
(Queda sombrío y pensativo: don Prudencio le observa con curiosidad.)

PRUD. ¡Claro!... vivir en un potro...
es vivir... porque en rigor...
(Sin saber lo que dice.)
el pasado... (Pues señor, (Aparte.)

es tan loco como el otro.)
Y ahora, si usted me permite
volveremos a mi tema.
(Se recobra don Joaquín y le indica que siga.)
Si su bondad que es extrema
consiente que solicite
su valiosa protección...

JOAQ. Desde luego y para todo;
pero ignoro de qué modo...

PRUD. Con una resolución
muy sencilla. Sucursales,
porque al negocio conviene,
su casa de banca tiene
en diversas capitales;
pues le manda de contado,
fingiendo cualquier pretexto,
a una de ellas, y con esto
ya queda todo arreglado.

JOAQ. Si el motivo no menciona,
o no lo pone a mi alcance...

PRUD. Lo que él quiere a todo trance
es salir de Barcelona.

JOAQ. ¿Cuál la causa?

PRUD. Una mujer:
una amorosa manía:
en fin, una tontería,
a lo que pude entender.
Anoche le sorprendí:
entré en su cuarto de pronto:
vamos, señor, que es un tonto
el pobre chico. (Pequeña pausa.)
Le vi,
(Con acento de burla.)
los codos sobre la mesa,
la cabeza entre las manos,
y en horizontes lejanos
la vaga mirada impresa.
Los libros por los rincones,
los papeles por las sillas,
por sus pálidas mejillas
dos soberbios lagrimones.
En la mesa, con recato,
como objeto favorito,
todo el cuerpo del delito,
quiero decir, un retrato.

Algún beso en el cartón,
algún ademán violento,
muchos suspiros al viento,
y algún grito de pasión.
Un cuadro, en fin, casi bufo
se me metió por los ojos,
entre los destellos rojos
de un quinqué con mucho tufo.

JOAQ. ¿Y él entonces?... (Riendo.)

PRUD. Confesó
lo que quiso confesar.
Algo le pude sacar:
menos el nombre, eso no.
Parece que ella es muy rica,
de clase muy elevada:
y mire usted qué bobada,
¡ni aun ha probado si pica
en el cebo del amor!
porque si él con buenos modos...
¡qué fortuna para todos!
boda, riqueza y honor.

JOAQ. ¿Así le dijo?

PRUD. Es verdad:
así mismo. Yo le quiero,
y para mí lo primero...
claro, su felicidad.

JOAQ. ¿Y él?

PRUD. Pues él perdió la calma,
y con expresión bravía
me dijo que él no ponía
en pública venta el alma.
¡Vender el alma! ¡también
es del caso que me acuse!
¡si lo que yo le propuse
fué tan sólo por su bien!
Pero unas veces adusto,
y otras severo y altivo,
siempre ha de encontrar motivo
para darme algún disgusto.

JOAQ. ¿Y el retrato pudo ver? (Con interés.)

PRUD. Ya lo creo. (Con malicia.)

JOAQ. ¿Y es?...

PRUD. ¡Preciosa!
Con todo, fué más hermosa
mi difunta... mi mujer.

ESCENA IV

DON JOAQUÍN, PRUDENCIO y AMPARO, por la derecha

AMP. Perdonen.
(Deteniéndose sorprendida o fingiendo sorpresa.)
PRUD. ¡Caso más raro!
(Levantándose con sorpresa verdadera.)
(Reponiéndose.) No es nada.
(Aparte.) (¡Casualidad endiablada!)
JOAQ. (Presentando uno a otro.)
Don Prudencio... Mi hija Amparo.
AMP. Ví venir desde el balcón
a Raimundo...
JOAQ. Ya.
AMP. Y tenía
que enterarme si traía...
un encargo. Y al salón
creyendo que estaba solo
mi padre... pero me iré
si estorbo.
JOAQ. No, quédate.
PRUD. (Aparte.)
(Está visto, soy un bolo.)
No quisiera que el muchacho...
(Aparte a don Joaquín.)
porque si me ve, barrunto...
JOAQ. (Alto a Amparo.)
Para tratar de un asunto,
nos vamos a mi despacho.
(Don Joaquín y Prudencio se dirigen a la puerta de la derecha segundo término.)
PRUD. (Aparte.)
(Aquí me valga mi ingenio.
Aunque no sé si me pese.)
No quisiera que supiese...
(Aparte a don Joaquín.)
¡porque el chico tiene un genio!
JOAQ. (Desde la puerta del despacho a Amparo, que ha quedado en primer término junto a la mesa de la izquierda.)
Despídete de Raimundo.
AMP. ¿Se va? (Con sorpresa.)

JOAQ. Nos deja el traidor,
según dice este señor.
AMP. ¿Muy lejos? (Con angustia mal contenida.)
JOAQ. Al nuevo mundo.
PRUD. Señorita... (Despidiéndose.)
JOAQ. Por aquí...
(Levantando la colgadura.)
PRUD. (Aparte.)
(¡Es muy mona!)
AMP. Caballero...
(Inclinándose maquinalmente.)
PRUD. (Aparte.)
(Y tiene mucho dinero.)
(Sin poder dejar de mirarla.)
JOAQ. (Aparte a Prudencio.)
(¿La conocía usted?)
PRUD. Sí.
Estoy pensando hace rato...
que la he visto.
JOAQ. Claro está.
PRUD. Pero no sé dónde.
JOAQ. Ya.
AMP. ¿Usted sabe?...
JOAQ. En el retrato.
(Prudencio le mira con fingida confusión, don Joaquín ríe bondadosamente y ambos salen.)

ESCENA V

AMPARO y después RAIMUNDO

AMP. (Dejándose caer en una silla, al lado del velador, y sin poder dominar su llanto.)
¡Nos deja!... ¡Nos deja!... ¡Es claro!...
¡Si esto ya lo presumía!
¡No me quiere!... ¡Virgen mía!
¡Raimundo!... ¡Raimundo! (Llorando.)
RAIM. (Llegando sin que ella le sienta.)
¡Amparo!
¿Qué tiene usted? ¿Por qué llora?
¿Qué desgracia?... ¿Qué aflicción?
¡Hable usted, por compasión,
la impaciencia me devora!

AMP. Si no tengo nada.
(Secándose el llanto y con cierto enojo.)
RAIM. ¿Cómo?...
AMP. Como que no tengo nada.
RAIM. ¿Alguna pena?...
AMP. (Esforzándose por sonreír.)
¡Bobada!
¡Penas! ¡Desgracias!... ¡Ni asomo!
RAIM. ¿Será verdad?
AMP. Ya lo he dicho.
RAIM. Su llanto lo está negando.
AMP. Es que yo, de cuando en cuando,
suelo llorar por capricho.
¿O es que quiere usted también
(Con mal humor de niña.)
privarme de este consuelo?
¡Señor... que no hay en el suelo
para atormentarme quien
haga alarde de más saña
ni ponga mayor cuidado!
RAIM ¿Pero cómo?
AMP. Y es probado
que se da usted buena maña.
RAIM. Mas si el llanto es puro antojo...
AMP. Puro antojo, ya lo digo.
RAIM. ¿Por qué se enoja conmigo?
AMP. Mucho le importa mi enojo.
RAIM. Con él, Amparo, no hay goce
posible.
AMP. ¡Quién lo diría!
RAIM. Y es sombra toda alegría.
AMP. ¡Pues qué poco se conoce!
(Pausa. Raimundo queda triste y abatido, y dobla la cabeza sobre el pecho. Amparo le observa con atención.)
¿No sigue usted?
RAIM. ¿Para qué?
AMP. Para calmar mis enojos.
RAIM. ¡Ya se han secado sus ojos
y todo una broma fué!
AMP. ¡Una broma!... ¡Pero buena!
Como nuestra... Como mía...
(Con tristeza.)
RAIM. Sin embargo... Yo querría...
AMP. ¿Mi perdón? ¿Vale la pena?...

¿Para qué desenojarme?
Mi enojo es ruin contratiempo.
¡Le queda tan poco tiempo
de sufrirme y aguantarme!

RAIM. ¡No comprendo!... (Con sorpresa.)

AMP. ¡Tienen alas
las noticias, pues apenas!
¡Qué pesadas si son buenas!
¡Qué veloces, si son malas!

RAIM. ¿Supone usted?... ¿Pero quién?...
(Acercándose con ansiedad.)

AMP. Quién contó su desvarío.
(Refiriéndose al de Raimundo.)

RAIM. ¡Cómo es posible, Dios mío!

AMP. ¿Conque hipócrita también?

RAIM. ¿Le han dicho?

AMP. Con frase breve
me dijo papá: «Se aleja...
se va por siempre... nos deja...»
Niéguelo usted, si se atreve.
(Casi llorando.)

RAIM. ¿Y era por esa razón
(Con suprema alegría.)
su llanto?

AMP. ¡Qué presuntuoso!

RAIM. No es ese el nombre; ¡dichoso!
eso grita el corazón.

AMP. ¡Como usted es incapaz
de sentir!... ¡Tiene una calma!
(Llorando otra vez.)

RAIM. ¡Si sabe sentir el alma
que se lo diga mi faz!
(Acercándose a ella con pasión y sin poder dominarse. Ella poco a poco deja de llorar y le mira gozosa, sonriendo con malicia.)
Mi carácter es de acero;
yo sé vencer mis pasiones:
pero en ciertas ocasiones
ni lo logro ni lo quiero.
Pensé marcharme de aquí
cumpliendo con mi deber,
sin quebrantar ni romper
el silencio en que viví.
Pero miro ese dolor,
de ese llanto el limpio borde,

y es preciso que desborde
el torrente de mi amor.
Yo me resigno a no verla,
tengo valor para huirla,
pero yo quiero decirla
que pierdo el alma al perderla.
Mi herida crecerá más,
nunca será cicatriz;
quizá usted será feliz,
¡yo no lo seré jamás!
Mientras la dicha le arrulle,
olvídeme usted, Amparo;
pero si se extingue el faro
de toda esperanza, y huye
su pobre bajel velero
por golfo negro y traidor,
recuerde que su dolor
en mí tiene compañero;
y que por rudo y bravío
que en usted, Amparo, fuera,
¡le lleva gran delantera
y es mucho mayor el mío!

AMP. Está bien, y eso es querer...
por lo menos es pintar
cómo se debiera amar.
Mas no logro comprender,
por más que encierro en un potro
todo mi ingenio, Raimundo,
que estando yo en este mundo
quiera usted marcharse al otro.
¡Yo su talento proclamo!
¡Me declaro torpe y terca!
Pero quiero tener cerca
las personas a quien amo.
Y en este supremo instante
discurrimos, es corriente,
usted, cual sabio eminente,
yo, como niña ignorante.
¡Le dejo su parecer,
su amoroso frenesí,
y me quedo para mí
con mi modo de querer!

RAIM. ¡Esa ilusión peregrina...
ese cielo luminoso. .
(Con pasión.)

es horizonte engañoso
que se va con la neblina!
(Con desaliento.)
Discurriendo sin pasión,
acallando el sentimiento,
¿piensa usted por un momento
que aceptaría esta unión
su padre de usted, Amparo?
¡Ustedes en la eminencia
y yo tan bajo!... ¡Demencia!

AMP. No fuera el caso tan raro.

RAIM. Fuera lo que siempre ví
(Con creciente energía)
en casos de tal porfía:
para usted la rebeldía
y la infamia para mí.
De un padre la autoridad
por usted menospreciada,
y como pasto arrojada
a todos mi dignidad.
De la gente a la malicia
mostrándose mi pasión
con visos de seducción
y remates de codicia.
¡Cuanto más mi pena ahondo,
más con su crueldad me exalto!
Están ustedes muy alto
y yo voy muy por el fondo.
Lo quiso así nuestro sino;
ni esperanza ni consuelo,
¡entre el abismo y el cielo
sólo el rayo abre camino!
No se debe vacilar,
ha de ser lo que ha de ser:
a cumplir yo mi deber;
usted, Amparo, a llorar. (Con cierta dureza.)
Que ese llanto derramado
por esos ojos de gloria,
será divina memoria
que se lleve el desterrado.
(Amparo cae llorando en el sillón. Raimundo le coge la mano, la besa y se prepara a salir.)

ESCENA VI

AMPARO, RAIMUNDO y DON JOAQUÍN en la puerta del despacho

JOAQ. ¿Con qué derecho, Raimundo,
(**Con fingida seriedad.**)
hace usted llanto verter
a mi Amparo, que es el ser
que amo yo más en el mundo?
¿Qué pena, qué desengaño,
que nunca en su padre halló
la pobre niña encontró
en la crueldad de un extraño?
El cariño que a usted di,
la amistad que le confié,
esta casa en donde fué
casi un hijo para mí,
¿merecen que así nos hiera?
Bien, Raimundo, se percibe
que favor que usted recibe
lo paga de igual manera.

RAIM. (**Confundido, triste, pero digno.**)
Esa acerba acusación
la merezco y no me excuso.
Confieso, señor, que abuso
de su bondad, y es razón
que a mi negra ingratitud
yo mismo imponga castigo:
el que va, señor, conmigo,
bien iguala en magnitud
a sus más fieros enojos
y al delito que ocultaba,
(**Con amargura.**)
sin notar que se escapaba
por el cristal de los ojos.
¡Tiempo, ausencia entre los dos!...
(**Señalando a Amparo.**)
¡El olvido no es avaro!...
¡Adiós para siempre, Amparo!
¡Adiós, don Joaquín, adiós!
(**Se dirige lentamente a la puerta del fondo: don Joaquín se acerca a Amparo.**)

JOAQ. ¡Bien está por el remedio,
y bien por el sacrificio! (**Dulcificando el tono.**)

Si tuviese usted más juicio,
más confianza y menos tedio,
notara usted, vive Dios,
que ha conseguido encontrar
la manera de labrar
la desdicha de los dos.
Y de los tres no decía,
porque en mí nunca reparo,
y ante la dicha de Amparo
poco importa de la mía.

RAIM. ¡No comprendo lo que dice!
(Deteniéndose y mirando desde lejos a don Joaquín con asombro.)

AMP. Yo adivino lo que piensa.

JOAQ. ¿Qué hacemos de nuestra ofensa?
(Con tono entre burlón y bondadoso.)
¿Piensa usted que yo autorice
su fuga y su impunidad?

RAIM. ¿Pues qué hacer?

JOAQ. ¿No lo adivina?
¡La cosa más peregrina!
¿Qué hacer?... Su felicidad.
(Señalando a Amparo.)

RAIM. ¡Don Joaquín, por compasión!...
(Volviendo al primer término.)
No me atrevo a comprender...
¡Si es burla!...

AMP. ¡No puede ser!
(Levantándose y cogiéndole las manos a su padre.)

JOAQ. ¿Tengo cara de burlón?

RAIM. ¡Luego es verdad!

JOAQ. Y es torpeza
no entender lo que le explico.
Está visto que este chico
(A Amparo cariñosamente.)
ha perdido la cabeza.

RAIM. ¿De manera...? (Con ansia.)

JOAQ. Que es merced
si ustèd me entiende.

AMP. Yo sí. (Con alegría.)

JOAQ. Pues claro, siempre creí
que era más lista que usted.

RAIM. Me tienen mis desventuras
de tal modo acostumbrado,
que jamás he sospechado

ni contentos ni venturas.
Siempre acudo como reo,
aun sin serlo, adonde acudo:
las desgracias no las dudo,
las dichas nunca las creo,
y por eso la verdad
pido desnuda y patente:
o yo me vuelvo demente
o hable usted con claridad.

JOAQ. ¿Quiere hacernos el favor
de casarse con Amparo?
Si no está bastante claro
no sé decirlo mejor. (Amparo se abraza a él.)

RAIM. ¡Qué es esto!
(Oprimiéndose la cabeza entre las manos y sin dar crédito a tanta dicha.)

JOAQ. Aunque no le cuadre,
si al fin lo pudo entender,
esto es tener ya mujer (Presentándole a su hija.)
y además un suegro. (Presentándose.)

RAIM. ¡Un padre!
(Se precipita en sus brazos. Pausa. Momentos de expansión.)
Yo soy pobre...
(Todavía en los brazos de don Joaquín y con voz ahogada.)

JOAQ. Yo soy rico:
natural compensación.

RAIM. ¿Y qué dirá la opinión?

JOAQ. Eso ya no me lo explico.
(Separándose de Raimundo.)
¿La quiere con honradez?

RAIM. La quiero con toda el alma.

JOAQ. Recobre entonces su calma
y muestre a todos su tez;
lo demás fuera demencia.
Las manchas sobre la frente
nunca las pone la gente,
que vienen de la conciencia.

RAIM. ¡Es verdad!... ¡Seré dichoso!
¡Dichoso!... ¡Y ella... mi Amparo!...
¡Si no es posible!

AMP. ¡Declaro
que un sabio más caviloso
ni hubo, ni hay, ni puede haber!

RAIM. Si ya le creo.
(A Amparo, refiriéndose a don Joaquín.)
JOAQ. ¡Por fin!
RAIM. Mas verá usted, don Joaquín,
que al cabo no puede ser.
No importa, sea o no sea,
logre o no logre mi afán,
ya me arrastre el huracán,
ya goce la luz febea
entre la turba dichosa,
y al fin encuentre mi anhelo
algún pedazo de cielo,
yo le prometo una cosa.
Que en tanto que exista unida
al cuerpo el alma en mi sér,
si puedo, con mi poder,
si no puedo, con mi vida,
con la fuerza de mis brazos,
con la sangre de mis venas,
con mis dichas, con mis penas,
atando o rompiendo lazos
sin compasión ni merced,
seré, señor, por entero,
hijo, amigo, compañero,
¡no, más... esclavo de usted!
JOAQ. Eres en todo extremado.
AMP. En eso tiene razón.
JOAQ. No más exageración;
dicho y hecho y acordado.
RAIM. Fué usted, señor, en el mundo
el único, desde niño,
en quien encontró cariño
este mísero Raimundo.
Me lo está gritando aquí
el corazón de mil modos.
Cuando a usted le falten todos...
¡acuérdese usted de mí!

ESCENA VII

AMPARO, RAIMUNDO, DON JOAQUÍN y PEDRO por el fondo

JOAQ. ¿Qué quieres, Pedro?
PEDRO Señor...

JOAQ. ¿Me buscan?
PEDRO Otra visita.
JOAQ. ¿Quién es?
PEDRO Una señorita.
Digo... haciéndola favor;
¡porque viene tan humilde!..
¡tan pobre! mejor dijera.
En fin, como si lo viera,
y no es porque yo la tilde,
más pedigüeña parece.
JOAQ. ¿Y pretende ver...?
PEDRO Es claro,
a la señorita Amparo.
¿La despido?
AMP. No. Merece
de seguro compasión.
Dile que pase al momonto. (Sale Pedro.)

ESCENA VIII

AMPARO, RAIMUNDO y DON JOAQUÍN

AMP. Esta alegría que siento
rebosar del corazón,
como no sentí jamás,
pues alguien la necesita,
me parece obra bendita
partirla con los demás.
JOAQ. Dices bien. Adiós (A su hija.)
Adiós. (A Raimundo.)
Y a esa infeliz que os espera,
a ver si encontráis manera
de amparar entre los dos.
RAIM. Don Joaquín... (Estrechándole las manos.)
JOAQ. Basta: silencio.
Después comeremos juntos.
Ahora tengo unos asuntos
con un señor don Prudencio.
(Sorpresa muda de Raimundo. Don Joaquín le da una palmada en el hombro y sale por la derecha, riendo bondadosamente.)

ESCENA IX

AMPARO, RAIMUNDO y después DOLORES por el fondo y vestida de negro

RAIM. ¡Amparo!... ¡Amparo!... (Con pasión.)
AMP. ¿Y el viaje?
RAIM. ¡Al cielo! Pero contigo.
(Aparece en el fondo Dolores y se detiene con timidez.)
AMP. Basta. Tenemos testigo.
RAIM. ¡Pobre niña! (Aparte.)
AMP. (Aparte. Pausa.) Humilde traje.
Acérquese sin temor. (En voz alta.)
DOL. ¡Siempre hermosa como un cielo!
AMP. ¡Esa voz!... ¡Esa mirada!...
DOL. ¿Ya me olvidaste?
AMP. ¡Ese acento!...
DOL. ¿Pero mi nombre? ¡Mi nombre
se borró de tus recuerdos!
AMP. ¡No, mi Dolores! (Abriéndole los brazos.)
DOL. ¡Amparo!
(Se abrazan con infantil expansión.)
AMP. ¡Cuánto tiempo!
DOL. ¡Cuánto tiempo!
AMP. Otro abrazo, niña mía.
DOL. Otro abrazo y otro beso.
AMP. Tú, linda como un arcángel.
DOL. Tú, bella como un lucero.
AMP. ¡Hace ocho años!
DOL. ¡Si no es más!
AMP. Tú saliste del colegio...
DOL. Un año después que tú,
¡que fué un siglo!
AMP. (Riendo.) Ya lo creo.
¡Pobre Lola!
DOL. ¡Pobre Amparo!
¡Qué tristezas!... ¡Qué sucesos!
AMP. Cuenta, cuenta; junto a mí
tus penas tendrán consuelo.
(La lleva al sofá, se sientan muy juntas y haciéndose muchos mimos. Raimundo a cierta distancia.)
DOL. ¡Tú siempre tan cariñosa!
AMP. Siempre soñando y queriendo.

DOL. Pero nosotras hablando,
(Reparando en Raimundo, éste saluda inclinándose. Lola hace lo mismo.)
sin ver que ese caballero...
AMP. Es amigo de confianza.
(Aparte a Lola.)
(¡Y tiene mucho talento!)
¡Abogado de gran nombre!
(En voz alta; movimiento de Lola.)
RAIM. (Aparte.) (En cuanto tenga algún pleito.)
AMP. Secretario de mi padre.
(Aparte a Lola.)
(Y su socio. ¡Y es más bueno!)
(Alto.)
En fin, como de la casa.
¿No comprendes? (Aparte a Lola con malicia.)
DOL. (Aparte a Amparo.) Ya comprendo.
RAIM. No quisiera ser estorbo (Aproximándose.)
a expansiones y recuerdos...
Si ustedes me dan su venia...
AMP. ¿Para qué?
(Poco dispuesta a dejarle ir y con cierto tono de autoridad.)
DOL. No. Yo le ruego
que se detenga un instante,
y que escuche lo que tengo
que referir a mi amiga;
que necesito consejos,
y si es abuso el pedirlos,
fuera ventura obtenerlos.
RAIM. Señorita, aun cuando yo
poco valgo y nada puedo,
desde ahora estoy a sus órdenes
y sus órdenes espero. (Inclinándose.)
Que si es deber de mi oficio,
desdichas, que aún no penetro,
amparar, y como dama
tiene además buen derecho,
para acudir a quien es,
aunque humilde, caballero,
por ser amiga de Amparo
más obligado me siento.
DOL. Gracias.
AMP. (Aparte a Dolores.)
(¡Repara qué amable!)

¡Ah... perdona!... No recuerdo
si os he presentado: aguarda.
(Levantándose y con solemnidad infantil.)
Don Raimundo de Varnuevo.
La señorita Dolores
de Medina.

DOL. (A Raimundo.) Yo agradezco
su bondad, y de mi Amparo
me *amparo* si le molesto.

AMP. (Volviendo a sentarse y cogiendo las dos manos a Dolores.)
¡La historia de tus desdichas
sin detenerte un momento!
Lo que tardes en contarlas,
eso no más tardaremos
en sentirlas cual las sientes
y en procurarles remedio.
Y usted venga aquí, a mi lado:
en esa silla, y silencio.
Escuche y discurra bien,
apure usted su talento,
que no sabe todavía
lo mucho que yo la quiero.
(Todo esto acariciando a Dolores y haciendo que Raimundo se siente junto a ella. El orden de los personajes es, pues, de izquierda del espectador a derecha, el siguiente: Raimundo en una silla, Amparo y Lola en el sofá.)
Conque principia, Dolores.
Te sacaron del colegio
y te llevaron...

DOL. A Cuba.

AMP. ¡Ah!...
(Deteniendo a Lola y volviéndose a Raimundo.)
Su padre era un banquero
de gran fortuna y gran nombre
y de muchísimo crédito;
y aún él y papá presumo
que íntimos amigos fueron.
Digo esto para ponerle (Volviéndose a Lola.)
en autos. Sigue tu cuento.

DOL. Llegué a Cuba, niña mía,
que fué abismo más que puerto,
que en la Habana, a mi esperanza
echaron sayal de duelo.

Mi madre muerta: mi padre
arruinado o poco menos.
Malos negocios y quiebras,
y qué sé yo que no entiendo
de estas cosas, a su casa
a tal situación trajeron,
que abandonó los asuntos,
dió por perdido su crédito,
y de todos sus caudales
un millón, mezquino resto
de la pasada opulencia,
con trabajo recogiendo
estaba el pobre... ¡Dios mío!..,
(Acongojándose.)
ya preparado y dispuesto
en cuanto llegase yo
a dejar el patrio suelo,
buscando nuevo horizonte
y tomando rumbos nuevos.
¡Pero, ay, niña, que por algo
nombre de Dolores llevo,
y ni me deja mi nombre,
ni con él me dejan ellos!

AMP. ¡Es más buena! (A Raimundo.) ¡Pobrecilla!
¡No sabes cuánto te quiero!

DOL. La víspera de llegar...
¡mira el destino qué negro!...
al despacho de mi padre
un hombre con gran misterio
hizo que le condujesen...
¡Se trataba de un secreto!...
Lo que pasó no se sabe:
hubo lucha y quedó muerto
mi pobre padre! ¡Ay, Amparo!
¡Salté a tierra sólo a tiempo
de dar un beso al cadáver
y de ver salir su entierro!
(Oculta el rostro entre las manos y llora.)

AMP. ¡Pobre Lola! Seca el llanto.
(Consolándola.)
Mira, juntas viviremos:
si perdiste una familia,
otra familia te ofrezco;
haz cuenta, niña adorada,
que estamos en el colegio,

sin *deberes* ni lecciones,
sin exámenes ni encierros.
¡Ya verás cuánta alegría!
¿Y usted qué dice? (A Raimundo.)

RAIM. Yo apruebo
que al ángel de los dolores,
el ángel de los consuelos,
tienda sus brazos, Amparo,
y oprima contra su pecho.

AMP. Está bien. (A Raimundo.)
Y ahora concluye. (A Lola.)

DOL. Perdona, niña, que empiezo.
Quedamos mi hermano y yo
solos, sin casa ni deudos:
yo quince años y él catorce,
en la miseria...

AMP. ¡Dios bueno!

DOL. Porque olvidaba decirte
que el asesino...

AMP. Ya entiendo.

DOL. Del despacho de mi padre
llevóse el millón entero,
que en billetes preparado
encontró para su intento.

AMP. ¿Y no se supo?...

DOL. Jamás.
Fué arrastrándose el proceso
y cargándose de folios,
y hoy tengo, niña, por cierto,
que ni de él se ocupa nadie,
ni nadie logra entenderlo.

AMP. ¡Qué injusticia! ¿No ve usted? (A Raimundo.)

DOL. Tomás, el que fué cajero
de mi padre, compasión
tuvo de los pobres huérfanos,
y nos recogió en su casa,
y el miserable sustento
dividió de sus dos hijos
con los hijos de su dueño.

AMP. ¿Quedásteis en Cuba?

DOL. No.
Tomás consiguió un empleo
en Puerto Rico, y allá
hemos pasado este tiempo.

AMP. ¡Noble corazón! ¡Gran alma!

El mundo no es tan perverso.
Sigue, niña de mi vida.
Habla de Tomás.

DOL. Ha muerto
hace dos meses, y aquí
de mi consulta el objeto.
(Volviéndose a Raimundo.)

RAIM. Pues escucho atentamente.

AMP. (A Lola.)
Yo ni a respirar me atrevo.

DOL. Ya Tomás en la agonía,
me hizo acercar a su lecho,
y los dos solos, la noche
enlutando el aposento,
una triste lamparilla
mortecina y sin reflejos
bajo un Cristo de marfil,
que aún me parece estar viendo
en los labios de Tomás,
descoloridos y secos,
los apagados quejidos
que preceden al silencio,
y lágrimas en mis ojos,
y congojas en mi pecho...
así me dijo: «Dolores:
bajo mi almohada hay un pliego..
tómalo cuando yo muera...
Está cerrado, y te advierto
que no has de abrirlo. ¿Lo juras?»
«Lo juro», dije. «Y no quiero
que esto lo sepa tu hermano»,
agregó, «porque le temo.
Es noble, pero imprudente;
honrado, pero violento;
Ya sé que vais a Madrd;
un abogado discreto,
un hombre de corazón,
de carácter puro y recto,
has de buscar cuando llegues;
y a él solo, con gran secreto,
le entregas ese papel.
Después sigues su consejo.
Si *él* te dice, *no es bastante*,
arrójalo al punto al fuego,
y no busques más desdichas

que sobran las que te dejo.
Si *él* otro rumbo te marca,
quizá, niña, el testamento
del pobre Tomás será
y así lo permita el cielo,
la venganza de tu padre
y el porvenir de sus huérfanos.»
Esto dijo y me pidió
casi por señas un beso.
Miré unos ojos inmóviles,
besé una frente de hielo,
apreté unas manos rígidas,
después... pasó mucho tiempo...
se apagó la luz de pronto,
todo fué sombra y silencio
y pensé por vez segunda
llorar a mi padre muerto.

AMP. ¿Y el papel? (Con interés sumo.)

DOL. Lo traigo aquí. (Sacando un pliego.)

AMP. Pues aquí está el consejero,
que Tomás hizo el retrato
y el parecido es perfecto.

DOL. Si él acepta...

RAIM. ¿Cómo no?
si su confianza merezco.

DOL. Y mi gratitud con ella. (Dándole el papel.)

AMP. Pues pronto a romper el pliego.

RAIM. Si ustedes permiten...

AMP. Sí,
vamos allá.

DOL. Dudo y temo.

(Raimundo se dirige a la mesita de la izquierda; se sienta en el sillón o queda en pie junto a ella, rompe el sobre y saca una carta bastante extensa y otro pliego cerrado: pone este último sobre la mesa después de arrojar el sobre y comienza a leer para sí la carta. Dolores y Amparo en el sofá, hablando en voz algo baja para no molestar a Raimundo.)

AMP. Tú verás, niña del alma.

DOL. En fin... si me favoreces...

AMP. ¿Acaso no lo mereces? (Abrazándola.)

DOL. Por quererte. (Lo mismo.)

AMP. Y mucha calma.
Lo que él opine y no más.

DOL. Lo que él disponga ha de ser.

AMP. Tratándose del deber
no retrocede jamás.
Como él te diga *¡adelante!*
adelante sin temor.
Su divisa es *¡el honor!*
¡la de un caballero andante!
¡Proteger al desvalido!...
¡luchar con el poderoso!
¡es el sueño más hermoso
que en sus sueños ha tenido!
¡Por eso le quiero tanto!...
porque tú comprendes bien...
pero ¡ay, Dolores! ¡también
me ha costado mucho llanto!
¿Qué dice?
(En voz alta volviéndose a Raimundo.)

RAIM. Tomás presume
conocer al asesino.

AMP. Pues entonces no adivino
su silencio

RAIM. Bien resume, (Mostrando la carta)
y con razón o malicia,
las causas de su tardanza.
Le inspira poca confianza
de los hombres la justicia.
«*El del golpe* es poderoso, (Leyendo.)
»y siempre mostró de sobra
»que en poniéndose a la obra
»no peca de escrupuloso.
»Si yo me hubiese mezclado,
»agrega, en aquel proceso,
»viejo y pobre, y poco seso...
»ya me hubiesen aplastado.
»Sus hijos... tiene otro ver.
»Yo aligero mi conciencia,
»lo que en mí fuera imprudencia
»es quizá en ellos deber.»

DOL. ¿Pero existen pruebas?

RAIM Sí.
En este pliego cerrado.
(Enseñando el de la mesa.)
Tres cartas que ha conservado
del matador. Pone aquí (En la carta.)
que contienen amenazas.
Cita otros muchos indicios...

¿Pero a qué buscar resquicios
ni a qué combinar más trazas?...
El nombre dijo a Tomás
su padre de usté espirante,
prueba clara y terminante
si se agrega á las demás.

AMP. Pues eso a mi ver es todo. (Con afán.)

DOL. Eso es lo que más importa.

AMP. A la larga o a la corta
(A Dolores en tono triunfante.)
daremos con él!

DOL. ¿De modo?

RAIM. Que Tomás así lo afirma
por su eterna salvación,
y aquí su declaración
(Poniendo la mano sobre el pliego.)
dice que está con su firma.
«Si esto basta, añade luego,
(Leyendo la carta.)
»al juzgado y a la audiencia:
»si no es bastante, paciencia,
»mis papelotes al fuego.»

DOL. ¿Pues con eso hay duda?

RAIM. No.
Y al fin la justicia humana
(Con energía.)
no será palabra vana
como el anciano pensó.

DOL. ¿Pero el nombre?

RAIM. En este pliego,
(Con la creciente excitación de la lucha.)
con las pruebas que he citado.

AMP. ¿Y está cerrado?

RAIM. Cerrado.
¿Debo abrirlo?
(A Dolores, cogiendo el papel febrilmente.)

AMP. Desde luego.

RAIM. Perdone usted. (A Amparo sonriendo.)
Aunque es mucha
su autoridad, yo quisiera
que Dolores decidiera.

DOL. ¿Qué me aconseja?

RAIM. (Con resolución.) ¡La lucha!

DOL. ¿La razón es nuestra?

RAIM. Sí.

DOL. ¿Las armas buenas?
RAIM. También.
DOL. ¿Usted será?...
AMP. Tu sostén,
niña mía. (A Dolores.)
¿No es así? (A Raimundo.)
RAIM. *Se lo juro,* y no hay temor,
que yo jamás he faltado,
ni a juramento empeñado
ni a compromiso de honor.
AMP. ¿Qué decides? (A Dolores con solicitud.)
DOL. No lo sé.
AMP. ¡No comprendo tus temores!
¿Por qué vacilas, Dolores?
DOL. No es que me falta la fe;
no es que me arredra el camino;
no es que el riesgo me repele;
ni es tampoco que no anhele
castigar al asesino.
Es que temo por mi hermano
(En tono confidencial.)
y su carácter violento.
AMP. ¡Quita allá! En cualquier momento,
no estaremos a la mano,
como quien dice... ¡pues no!
y de mil diversos modos,
para contenerle todos...
RAIM. Para defenderle, yo.
DOL. Dicen bien: es la verdad.
RAIM. Sin embargo, el influir (Conteniéndose)
es grave...
DOL. Mas consentir
de ese hombre la impunidad..
AMP. Tiene razón.
(A Raimundo, señalando a Dolores.)
RAIM. ¿De manera?...
(Con el pliego en la mano y dispuesto a ejecutar las órdenes de Lola, pero febril y ansioso.)
DOL. Que vencí mi timidez.
Rompa el sobre de una vez
y sea lo que Dios quiera.
(Raimundo vuelve a la mesa, rompe el pliego y saca varios papeles, que comienza a leer.)

ESCENA X Y ULTIMA

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO y DON JOAQUÍN por la derecha.

JOAQ. Señorita... (Saludando a Lola.)
AMP. ¡Bien por Dios!
no es ese el nombre.
JOAQ. Creí...
AMP. ¿Una hija tuviste? (Señalándose a sí misma.)
JOAQ. (Riendo.) Sí.
AMP. Pues mira, ya tienes dos.
(Señalando a Dolores.)
Son nuevos y dulces lazos,
y aunque el suceso te asombre,
en cuanto diga su nombre
vas a tenderle los brazos.
Conque vamos... adivina.
Fué en el colegio... mi hermana;
(Como quien pone un acertijo.)
su padre murió... en la Habana,
y es... ¡Dolores de Medina!
(Don Joaquín vacila. En tanto Raimundo lee con ansia.)
¡Por qué, padre, palideces!...
¡Por qué tu mirada inquieta!...
RAIM. (Leyendo.)
¡Jesús!... ¡Joaquín de Barrieta!...
JOAQ. ¡Medina!... ¡Jesús, mil veces!
(Don Joaquín cae desplomado en el sofá, cubriéndose el rostro con las manos. Su hija se precipita a él dando un grito. Dolores se aproxima como a socorrerle. Raimundo queda en pie al otro extremo, con el papel en la mano, mirando con espanto el grupo de la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa el despacho de Raimundo, modesto, casi pobre. Al fondo una puerta. Otras dos a la derecha, en primero y segundo término. A la izquierda, en primer término, una chimenea encendida; en segundo, un balcón. Estantes de pino con libros. En primer término, una modesta mesa de despacho, un quinqué encendido y un pequeño retrato sobre ella.

ESCENA PRIMERA

PRUDENCIO

Cuando todo iba tan bien,
cuando la suerte cansada
de perseguirnos, volvía
hacia nosotros la cara
y esa boda el porvenir
para siempre aseguraba,
es coincidencia cruel
de Dolores la llegada
con sus tristezas, sus penas
y sus antiguas desgracias.
¡Y aun el incendio está oculto,
pero si estalla!... Y estalla
de fijo, que es imposible
que esta situación extraña
se prolongue por más tiempo.
Dolores le va a la caza
al secreto, y si su hermano,
qué según noticia exacta,
antes que ser racional

es un tigre de Bengala,
y que hoy, por dicha de todos,
allá en Madrid se desbrava,
llega de pronto, y las pruebas
exige... pide y reclama...
¡Yo no sé!... ¡Yo me atosigo!...
¡Y sobre todo me espanta
pensar en Raimundo! Aquella
cabeza sublime y vana,
donde han metido los libros
más nieblas y más fantasmas
y más balumba de frases
y más golpe de palabras
que caben en los abismos
insondables de la nada,
¿qué proyectos estará
combinando? ¡Virgen santa!
Es preciso prevenir,
(Con impaciencia.)
antes hoy que no mañana,
algún arranque romántico
de ese chico; y es cachaza
la de don Jeaquín, que ve
cómo el nubarrón avanza,
sin prepararse a luchar,
sin ocuparse de nada;
frío, triste, silencioso,
envuelto en fúnebre calma,
por clásico fatalismo
o resignación cristiana.
Amparo todo lo ignora;
mal hecho: si ella no alcanza
de Raimundo lo que es justo,
¿quién sus delirios ataja?
Ella viene... (Mirando a la derecha.)
Yo me lanzo,
después me darán las gracias.
¡Dicen que soy egoísta!
pues en esta vida humana,
toda realidad es lucha,
y fuerza y a veces maña,
¿no sienta plaza de necio
quien sienta de santo plaza?
Yo soy honrado también,
ninguno en serlo me gana;

pero lo soy a mi modo,
sin calentura romántica:
lo soy al uso y costumbre
entre la gente sensata.
Hombres perfectos no existen,
ni hacen tampoco gran falta.
Y, en fin, no son necesarios,
limitándome a mi casa,
para un cuerpo tan pequeño,
ni más santos, ni más santas.
Tenemos uno: Raimundo.
Bien está, con ese basta,
y aun en la ocasión presente
se me antoja que sobraba.

ESCENA II

PRUDENCIO y AMPARO por la segunda puerta de la derecha

AMP. ¿Y Raimundo, no ha venido
todavía?
PRUD. No.
AMP. Bien tarda.
PRUD. Pero, ¿cómo deja usted
a la enferma? (Señalando a la derecha.)
AMP. Quedan Clara,
y Dolores y mi padre.
PRUD. Pues de seguro la anciana,
entre las vistas todas
que entretienen su velada,
es la de usted, niña mía,
la que prefiere. Del alma
predilecciones.
AMP. ¡Dios mío,
es tan buena!
(Dice esto como distraída y se aproxima al balcón.)
¡Qué enlutada
está la noche! ¿Y Raimundo?
(Volviendo al primer término y sentándose junto a la mesa.)
¡Tengo una tristeza, un ansia!
Yo no sé; pero hace días
que presiento una desgracia.
¿Por qué no vuelve?
PRUD. ¡Quién sabe!

AMP. Pero, señor, ¿por qué causa
todos a mi alrededor
están tristes? ¿Por qué amargan
de esta manera mis dichas?
¿Usted lo sabe?
(Pequeña pausa. Prudencio queda como indeciso.)
Pues vaya,
si lo sabe, dígalo.
PRUD. Pero, ¿y si usted se me enfada?
AMP. ¿Luego hay algo?
PRUD. ¿Pero usted,
qué nota?
AMP. Pues cosas vagas...
¡No sé qué! ¡Mucha tristeza!
Mi padre ya ni repara
en mí; digo mal, evita
mi presencia, se me escapa
de entre los brazos, y a veces...
será ilusión... una lágrima
me parece que su mano
seca en la mejilla pálida.
A Raimundo no le veo:
¡dos veces esta semana!
de modo que a tercer turno
su amor me tiene abonada.
Pues Dolores... ¡no se diga!
vamos, y en ella la causa
se comprende. ¡Mire usted,
esta es otra! ¿Qué le pasa
a Raimundo? ¡Tanto fuego!
¡Tanto entusiasmo! ¡Tan brava
resolución de luchar
por la justicia!... Apurada
me tiene Lola; y su hermano...
¡qué cartas, señor, que cartas!
¡Créame usted, don Prudencio:
hay insultos y amenazas!
¡Dos meses desde aquel día!...
¡y Raimundo, ni palabra!
¡Lola y Baltasar ya dudan
(En voz baja con angustia.)
de su buena fe!
PRUD. ¡Villana
sospecha!
AMP. ¡Pues claro está!

¡si conoceré yo el alma
de Raimundo!... ¡Pero a ellos,
cómo inspirarles confianza,
sin decir: «¡esto resulta!»
¡Vamos, me dan unas ganas
de llorar!... «El matador,
»decía ayer una carta
»de Baltasar, si es tan rico,
»tiene la causa ganada:
»a no ser, Lola, que sea
»tu abogado tal alhaja
»de saber y rectitud,
»como tu amiga de infancia
»afirma que podrá ser;
»pero con verlo me basta.»
¡Y así siempre, la ironía
y la cólera alternadas!
¡Mire usted, me dió una angustia
en el pecho!... y en la cara,
como si me hubiesen puesto
al ladito de una fragua...
y me marché muy de prisa
porque no viese mis lágrimas.
No puede seguirse así:
¡su reputación... su fama!
Es preciso que se explique...

PRUD. Bien pensado.

AMP. Quiero al alma
hablarle.

PRUD. Y hará usted bien.

AMP. Y le exijo que mañana...
esta noche... los papeles...
esas pruebas desdichadas...

PRUD. ¡Buen instinto! ¡por ahí va! (Con interés.)
¡puso usté el dedo en la llaga!

AMP. Sin vacilación entregue...

PRUD. ¿A quién?

AMP. A Lola.

PRUD. (Con violencia.) ¡Insensata!
¡eso nunca!

AMP. ¡Don Prudencio!
(Levantándose con ímpetu. Después los dos vienen al proscenio.)

PRUD. Perdone usted...

AMP. Pero...

PRUD. Calma.
Entregarlos, sí.
AMP. Pues bien...
PRUD. ¡Y muy de prisa... a las llamas!
(Señalando la chimenea.)
AMP. ¡Qué dice usted!... ¡Un depósito
sagrado!
PRUD. Que en esas ascuas
arderá de igual manera
que la cosa más profana.
AMP. ¿Usted me aconseja?... (Con asombro.)
PRUD. Sí.
AMP. (¡Perdió el juicio!) (Aparte.)
PRUD. (Aparte.) (Ya se alarma.
Ya dimos el primer paso.
¡Pobre niña! Está inmutada.)
AMP. Propone usted un delirio.
¡Tal crimen!...
PRUD. Que nos espanta
porque ignoramos su origen,
y además sus circunstancias.
(Con tono insinuante y confidencial.)
AMP. ¿Y usted sabe?...
(Acercándose a él con curiosidad.)
PRUD. ¡Ya lo creo!
Si Raimundo en esta casa
para mí no tiene nunca
secretos.
AMP. (Con cierta ironía.) Pues yo pensaba...
PRUD. O bien a bien me los cuenta,
o yo con astucia y maña
me entero de cuanto ocurre.
¿Aquella pasión volcánica
(Con intención maliciosa.)
por una niña hechicera,
no la supe? (Amparo se sonroja.)
Pues las cartas (Resueltamente.)
he visto.
AMP. (Con afán.) ¿Y el nombre?
PRUD. Justo.
Y la historia es algo larga,
pero la sé.
AMP. ¡Gran milagro!
¿Pues quién lo ignora? ¡Una infamia!
(Con energía.)

PRUD. Sobre eso hay mucho que hablar.
¡Poco a poco y menos saña!
¿No hay más que arruinar a un hombre?...
Si no razón, hubo causa...
(Con misterio.)
¡Yo con toda mi prudencia,
cuando la quiebra de marras,
si hubiese tenido al mozo
a mi alcance, me las paga!
Con esto quiero decir
que hay manchas... que no son manchas,
o que bien pueden lavarse
con toda una vida honrada.

AMP. ¡Las de la sangre tal vez;
(Con energía.)
las del oro no se lavan,
y aquel hombre puso mano
en una vida y un arca!

PRUD. (Aparte.)
(¡Y quizá pensaba en ella!...
¡en la hija suya arruinada!
¡Acometa usted por nadie
peligros y empresas arduas!
¡Silencio! ¡Si don Joaquín
(Alto y mirando a la derecha.)
nos oyese!

AMP. (Con naturalidad y convicción.)
Me apoyara:
esto mismo que a usted digo,
le dije ayer.

PRUD. ¡Virgen santa!
¿Y él entonces?

AMP. Sonrió
con esa sonrisa amarga
de estos días, murmurando:
«Tienes razón; el que caiga
»tan bajo, tan sólo en esto
»encuentra salida franca.»
Y con la noble fiereza,
que entre su aureola de canas,
arde siempre .. dió unos golpes
¡así... fuertes!... en la caja
(Imitando los golpes.)
de dos hermosas pistolas,
que de limpiar acababa

¡Más lindas!... ¡y más brillantes!...
(Con la ligereza infantil que le es propia.)
¡con más adornos de plata!

PRUD. ¡Calle usté, Amparo, por Dios!

AMP. ¡Pues no! ¡Para que aceptara
esas teorías, que usted
tan cabales encontraba!

PRUD. (Acercándose a ella y hablando con interés y misterio.)
¿Le quiere mucho?

AMP. ¿A mi padre?
¿quererle?... ¡con toda el alma!

PRUD. ¡Pues quien esas cosas dice...
y las repite... le mata! (Con energía.)

AMP. ¡A mi padre!... ¡Don Prudencio!
(Pequeña pausa. Amparo retrocede con espanto.)
¡Acaso él conoce!... ¡él ama
(Dice todo esto preparándose para la transición y vislumbrando la verdad.)
al miserable asesino!...
Es decir... yo no pensaba
que un hombre como mi padre...
a ese desgraciado... vaya
si su estimación merece...
estaré yo equivocada...
Pero su nombre, ¿cuál es?
(Acercándose y preguntando con terror.)

PRUD. ¡Valor! (Cogiéndole las manos.)

AMP. ¡Don Prudencio!...

PRUD. Y calma.
¡Arranque usted a Raimundo
(Al oído y con profunda intención.)
esas pruebas... y a las llamas!

AMP. ¡Ay, Dios del cielo!... ¡No sé
lo que siento!... (Usted me engaña!
¿Y sabe también mi padre?...

PRUD. Todo.

AMP. ¿Y él quiere?...

PRUD. (Con resolución y energía.)
¡Le salva
quien destruya esos papeles!

AMP. ¿Qué dice usted?... ¡Virgen santa!...
¡No es verdad!... ¡Que venga!... ¡Padre!...
(Llamando.)

PRUD. ¡Silencio!

AMP. ¡Jesús me valga!

(Cae en el sillón y se tapa el rostro con las manos sollozando.)
¡No es cierto!... ¡Sí es cierto!... ¡Sí!
¡Por eso Raimundo!...

PRUD. Basta.
(Mirando con recelo á la derecha por si vienen.)

AMP. ¡Me ahoga el llanto!... ¡Padre mío!
¡Aquella mano manchada!...
No importa... le quiero mucho...
¡Ay, padre!... ¡Padre del alma!
(Rompe á llorar de nuevo.)

ESCENA III

AMPARO, PRUDENCIO y DON JOAQUIN, por la derecha.

PRUD. ¡Es él!...

AMP. ¡Es él!... ¡Ay, Dios mío...
si no es verdad esa infamia!...
¡Si no puede ser!...
(Corriendo á su encuentro y abrazándole.)

JOAQ. (Con sobresalto.) ¡Amparo!
¿Qué tienes?

AMP. ¿Qué tengo? Nada.
¿Pues no ves cómo te ciño
los brazos?

JOAQ. ¡Pero esas lágrimas!...

AMP. ¡Yo soy niña caprichosa!...
¡Tan mimada!... ¡Tan mimada!...
Ya lo ves.., tuya es la culpa.
Ya lo sabes... son mis mañas.
¡Que lloro!... Pues tú verás
qué pronto mis ojos pasan
del llanto que los anubla
a la luz que los aclara.

JOAQ. No; tienes algo.

AMP. Sí tengo,
y he de decirlo.

JOAQ. (Con ansiedad.) Pues habla.

AMP. Pero a solas... ven conmigo:
los dos al cuarto de Clara. (Llevándoselo.)
Perdone usted, don Prudencio.

PRUD. Es natural.

JOAQ. (Deteniendo a Amparo y en voz baja.)
¿Qué desgracia
te han dicho?
AMP. No, nada sé.
Vamos pronto.
JOAQ. (Con ansiedad.) ¡Tú me engañas!
PRUD. Raimundo pienso que llega.
(Mirando al fondo.)
AMP. Lo ves, padre: de esta sala
(Siempre en voz baja.)
salgamos... y mezclaremos
besos, suspiros y lágrimas...
Cuando ninguno nos vea...
¡Hasta entonces... por Dios, calla!
PRUD. ¿Pero qué piensa usted, niña,
decirle? (Deteniéndola y aparte.)
AMP. (A Prudencio y en voz baja.)
¡Pregunta vana!
¡Decidle que no se trunca
(Siempre en voz baja.)
nuestro amor de ningún modo!
¡Decirle que lo sé todo
y que le amo más que nunca!
¡Decirle que voy a hacer
esas cartas mil pedazos!...
¡Y llorar entre sus brazos,
por lo que le dije ayer!
(Sale abrazada a su padre por la derecha primer término.)

ESCENA IV

PRUDENCIO y RAIMUNDO; éste entra por el fondo, abatido y sombrío, y se sienta junto a la mesa

PRUD. (Acercándose lentamente, tocándole en el hombro, y cuando Raimundo levanta la cabeza, señalándole una carta cerrada.)
Raimundo, ¿viste esa carta?
RAIM. De Baltasar. Ya sospecho (Cogiéndola.)
sus iras o su despecho:
es la tercera o la cuarta.
(Abriendo la carta y leyendo algunos párrafos.)
«Mañana espero llegar...

»le concedo a usted un plazo...
»y yo jamás amenazo
»por gusto de amenazar.»
(Arroja la carta sobre la mesa.)

PRUD. En aquella habitación,
Dolores. Y hablarte quiere.
Lo que pretende se infiere.

RAIM. Arrojarme mi traición
al rostro: no es maravilla,
ni hace falta su presencia.
Ya me muerde en la conciencia,
ya me abrasa la mejilla.

PRUD. Desde el cuarto de tu madre
a ese pasaron...

RAIM. Lo sé.
Pero dilo.

PRUD. ¿Para qué?

RAIM. ¿Ellos?

PRUD. Amparo y su padre.
Buscarán...

RAIM. Es de rigor:
lo adivina mi desdicha:
o el fantasma de mi dicha
o los restos de mi honor.

PRUD. Pues es mucho adivinar.

RAIM. Para adivinar, sufrir.
¿Qué otra cosa han de pedir,
ni qué me resta por dar?

PRUD. Que no ennegrezcas te ruego
tu situación como sueles.
(Acercándose a él, mirando alrededor y hablándole al oído.)
Se trata de unos papeles...
y si se arrojan al fuego..
(Señalando la chimenea. Raimundo le rechaza. El vuelve a acercarse y habla con tono de desprecio.)
¿No lo tienes a la mano?
(Tocando la mesa.)
¿Quién los leyó?... ¿Quién los tuvo?
¡Pues no los hay, si los hubo!
(Con energía.)

RAIM. ¿Y Dolores? ¿Y su hermano?
(Levantándose: vienen al proscenio.)
¡Todo fácil... y después!...

PRUD. ¡Quieres seguir mi consejo!...

RAIM. Es inútil.
PRUD. Pues lo dejo
si es inútil.
RAIM. Sé cuál es.
¿Tú piensas que en este abismo
(Golpeándose el pecho.)
que se llama corazón,
no sabe hablar la pasión,
no se agita el egoismo?
Para mi angustia y tu gloria
hablan mucho y hablan firme:
lo que tú puedas decirme,
me lo sé yo de memoria.
PRUD. Tanto mejor si es así.
RAIM. ¡Tanto mejor!
PRUD. Será indicio
de que vas teniendo juicio.
RAIM Pues empecemos por ti.
(Pausa. Se acerca a Prudencio, le coge por el brazo y habla en voz baja.)
¡Oro y mucho!... en puridad...
trae la boda. Cuanto debo...
a los tuyos.
PRUD. No me atrevo...
(Protestando débilmente.)
RAIM. Sí, por juro de heredad. (Con oculta ironía.)
Que entregue a Dolores todas
las cartas, y por tal suerte,
a la deshonra, a la muerte
a ese anciano... ¡y adiós bodas!
Y aunque no lo diga el labio,
pensarás que es cosa seria,
condenarte a la miseria
por escrúpulos de sabio.
Que yo anule sin piedad
tu porvenir, y después
que le cuente a tu interés
historias de mi lealtad.
(Con una sonrisa sardónica.)
PRUD ¡Raimundo!...
RAIM. En el blanco toco,
que este, Prudencio, es el caso. (Con dureza.)
PRUD. (Con enojo y acritud: se siente herido y quiere devolver golpe por golpe.)
¿Es que yo no pienso acaso

en tu madre, pobre loco,
cuando apetezco esos bienes
que tu vanidad descuida?

RAIM. ¡Oye, me pesa la vida!

PRUD. Ni aun ese recurso tienes.
(Raimundo hace un movimiento para alejarse de Prudencio, este le sigue, encarnizándose cruelmente.)
A privaciones sin fin
has condenado a esa anciana.
Si tú faltases mañana,
sabio inútil, sabio ruin,
¡bravo consuelo le dejas!
¡De sus penas el encono,
la miseria, el abandono,
sus lágrimas y sus quejas!
¡De tus libros el caudal,
que, vive Cristo, que es fuerte;
y por remate la muerte,
la muerte en un hospital!
(Todavía intenta huir Raimundo de aquella tortura; todavía le acosa Prudencio.)

RAIM. ¡No más, Prudencio, no más!
¿Quién esas cosas te inspira?

PRUD. Ven conmigo, escucha y mira.
(Queriendo llevarle al cuarto de su madre.)

RAIM. ¡Ella!

PRUD. Conque tú verás.
¿No pensabas en su amor?
¡Pues fué olvido baladí!

RAIM. Ella nunca pensó en sí,
tratándose de mi honor. (Triste y pensativo.)

PRUD. Entonces...

RAIM. De todos modos
no me obligues al silencio,
(Al ver un movimiento de impaciencia.)
que en estas cosas, Prudencio,
es bueno escuchar a todos. (Pausa.)
Cuando ya puesto el sol, de Barcelona
las calles envolvió nocturna niebla,
me dí a vagar, huyendo de mí mismo,
de la febril ciudad por las arterias.
Menuda lluvia sin cesar bajaba
del alto cielo a la enlodada tierra:
cieno, llanto, negrura, mi alma toda
como en cristal inmenso se refleja.

¡Un reflejo sin luz! ¿No te da risa?
(Al notar un movimiento de desdén en Prudencio.)
Pues, sin embargo, yo me ví cual era.
Cansado de pisar negruzco barro
salí de la ciudad. Con planta inquieta
a la playa bajé, y de las olas
busqué la línea, hundiéndome en la arena...
Arriba todo negro: ¿existe un cielo?
¿o es abismo sin fin la sombra espesa?
hubiese preguntado a los espacios
un ser que de repente allí naciera
con su razón formada y con la duda
tigre traidor acurrucado en ella.
No viendo los celajes del oriente,
¡qué fácil es juzgar la noche eterna!
Enfrente el mar inmenso y sus rugidos,
imagen de la lucha y de la fuerza;
el monstruo enorme devorando al débil,
la ola mayor borrando la pequeña.
¿Es eso todo? ¿existen otras leyes?
¿pues cuáles son las que mi ser gobiernan?
La lealtad, la justicia y el derecho,
¿realidades serán? ¿serán quimeras?
Un *deber,* por pequeño, por humilde,
por mezquino que al pronto nos parezca,
en la balanza de invisibles mundos,
contra deleites, dichas, muerte o pena,
por mucho que se ponga en el platillo
del lado opuesto, ¿el fiel se lleva?
¿o es el deber engendro caprichoso,
y la balanza va donde más pesa,
cargada de apetitos, intereses,
ambiciones, codicias y materia?
Antes lo supe, pero allí dudaba
y anegarse sentía mis creencias.
La sombra ante mis ojos: de mis sienes
el vendaval prensando las arterias:
mi cerebro perdido en el vacío:
por base de mi ser tan sólo arena:
y del mar la resaca salpicando,
con sus espumas de amargura inmensa,
mis labios entreabiertos, que gemían
una pregunta sin hallar respuesta. (Pausa.)
¿Me comprendes?

PRUD. No a fe: delirio, fiebre,

vanos fantasmas y palabras huecas.
Así se escriben odas, si se sabe;
(Con desprecio.)
mas no se vive así sobre la tierra.
Conque vengamos al fin;
y tus proyectos no veles.
¿Vas a dar esos papeles (Con dureza e imperio.)
a Dolores o a Joaquín?

RAIM. ¿Me los dió Dolores?
(Lo mismo. En este diálogo creciente animación y enojo por parte de ambos.)

PRUD. Ella:
no hay quien la verdad eluda

RAIM. ¿Le pertenecen?

PRUD. Sin duda.
Pero todo lo atropella
cegada por la pasión
y a impulsos de su despecho.

RAIM. Tiene en suma buen derecho.

PRUD. Pero no buena razón.

RAIM. Tú lo dices.

PRUD. Yo lo arguyo.

RAIM. ¿Somos nosotros sus jueces?

PRUD. Pudiera ser.

RAIM. ¡No, mil veces!

PRUD. ¿Luego le darás?... (Con sobresalto.)

PRUD. (Con violencia.) Lo suyo.

PRUD. Pues aquí don Joaquín llega,
¡tu amigo! ¡tu protector!
conque reanima el valor;
aparéjate a la brega:
explícale tu actitud,
y mirándole a la cara,
dile lo que le prepara
tu sublime gratitud.

ESCENA V

RAIMUNDO, PRUDENCIO y DON JOAQUÍN, por la derecha primer término

PRUD. O si es que tú no te atreves,
voy a decírselo yo.

RAIM. ¡Decirle que acaso!... (Refiriéndose a sí mismo.)
(Retrocediendo.) ¡No!

JOAQ. ¿Por qué, si haces lo que debes?
(Sombrío y resignado.)
PRUD. Pues sea, mas yo no cejo
ni te suelto de la mano.
A solas con ese anciano,
mozo insensato, te dejo.
A todo lo que él te exija
has de ceder y al instante.
(Y si el padre no es bastante, (Aparte.)
vendrá de refuerzo la hija.) (Vase.)

ESCENA VI

RAIMUNDO y DON JOAQUIN

JOAQ. Pronto y no vaciles más.
Yo sé comprenderlo todo.
¡Puedo bajar hasta el lodo!
En él quedarme... ¡jamás!
¡Habla, Raimundo.
RAIM. (Resueltamente.) ¡Sí!... ¡Yo!
¡Míreme usted frente a frente:
acaso soy un demente,
pero un miserable, no!
En el fondo de mi ser
una duda se agiganta:
una duda que me espanta
y que no puedo vencer.
¡Mi lealtad, mi gratitud,
mi cariño, mi promesa!..
Si éste abruma, aquélla pesa.
¿Qué es infamia, qué es virtud?
JOAQ. No sigas: no tiene objeto.
Te protegí. Si has dudado...
con tu duda estoy pagado.
Eres libre por completo.
RAIM. ¡Eso no, que no gobierna
la ingratitud en mi ser!
¡Mi deber es mi deber,
y mi deuda es deuda eterna!
JOAQ. Si la quieres recordar
te toca darle valor,
que a costa yo de tu honor
no la pretendo explotar.

Raim. ¡No, por Dios; no me abandone!
¡Mis argumentos destruya!
¡Mejor cuanto más arguya!
¡Si ninguno se me opone
y en lucha conmigo mismo
me dejan sin compasión,
o perderé la razón,
o rodaré en el abismo!
¿No le da mi duda espanto?
¿No le aterra el porvenir?

Joaq. ¿Y qué puedo yo decir?
(Con tristeza y desaliento.)

Raim. ¡Puede usted decirme tanto!
¡Que soy ingrato y cruel!...
¡Que soy necio en mi porfía!...
¡Que ninguno dudaría!...
¡Y mil cosas en tropel!
Lo que quiero es que esa calma
pierda usted, que me conmueva...
¡El alma, padre, se lleva
quien sabe hablar con el alma!
¡Por la sombra de un deber
torpemente equilibrar
el mal que puedo causar
con el bien que puedo hacer!
(Con ironía contra sí mismo.)
¡Acaso ruines patrañas
que van por malos caminos!
¡Unos papeles mezquinos
y unas personas extrañas!
Y usté, aunque mi furia ladre
y me muerda a su sabor,
mi amigo, mi bienhechor,
en fin, mi segundo padre,
¡salga usted y de pasada
ponga mi duda a cualquiera,
y ya verá qué sincera
y espléndida carcajada!
Lo cual prueba, y de eso trato,
y lo pruebo de mil modos,
que o son miserables todos
o yo soy un insensato.
¿No es esto? ¿Qué dice usté?
¡Diga algo, por caridad!

JOAQ. Que acaso dices verdad...
(Con cierta animación y dejándose llevar.)
pero que yo no lo sé.
(Con nuevo desaliento.)
RAIM. Pero usted, por Belcebú
¿qué hiciera?
JOAQ. Yo te lo fío:
no atormentarte, hijo mío,
como me atormentas tú.
RAIM. ¡Es que sufro!
JOAQ. ¿Cómo no?
RAIM. ¡Es que dudo!
JOAQ. Ya lo sé.
Pero, Raimundo, ¿por que
quieres que resuelva yo?
Es crueldad y hasta demencia,
son delirios y aun agravios
pretender que con mis labios
te dicte yo mi sentencia.
RAIM. ¿Agravios?... a mi pesar.
¿Delirios?... ¿Pues qué es vivir?
¿Crueldades?... ¡Ay! En sufrir,
¿quién se me puede igualar?
¿Dónde hay trance más cruel,
dónde hay conflicto mayor,
dónde hay más fiero dolor,
dónde hay manantial de hiel
que más copioso derrame
en un cerebro insensato?
¡Usted, que me llama ingrato!
¡Lola, que me llama infame!
Y uno y otro con razón,
y uno y otro a mi pesar,
sin que lo pueda evitar
ni el alma ni el corazón.
Si estuviese mi deber
claro, resuelto, patente,
tengo valor suficiente
para decir: ha de ser.
Astros, globos, soles, mundos,
polvo ruin, tosca materia,
escorias, humo, miseria..:
ya por cálculos profundos,
ya por palanca y compás,
todo, todo se ha pesado:

y se dice, de este lado
la balanza baja más.
¡Pero yo quiero saber
con impaciencia febril,
de esta materia sutil
que llamamos *el deber*,
dónde está el peso mayor,
su etérea balanza en dónde,
y ninguno me responde,
ni la ciencia ni el honor!
Y en estos tormentos crueles
siento impulsos en mi ser
de llamar a esa mujer
y entregarle estos papeles.
En buena ley no es mejor
que el honor la gratitud,
y deja de ser virtud
virtud que mancha el honor.

JOAQ. Pues sigue el impulso impío.
¡Llámala!... ¡Sacia tu sed!...

RAIM. ¡No lo dije por usted!
¡Perdón!... ¡Perdón, padre mío!
(Abrazándose a él. Pausa.)

JOAQ. Comprendo tu situación:
repito lo que te dije:
mira que nada te exige,
Raimundo, mi corazón.
No temas que yo te arguya.
Resuelve tú sin reparo.
De todos modos mi Amparo...
(Con dulzura, con humildad, con tristeza, casi al oído.)
si tú quieres .. será tuya.
¡Qué más dicha para mí!...

RAIM. ¡Padre, mi padre querido!...

JOAQ. Que darle tan buen marido...
al ausentarme de aquí.

RAIM. ¡No más, no más, por favor!
que hablándome de ese modo
voy a olvidarme de todo. .
¡hasta de mi propio honor!
(Se abrazan de nuevo, profundamente conmovidos.)

ESCENA VII

RAIMUNDO y DON JOAQUÍN abrazados, y AMPARO

AMP. (Por la derecha primer término se detiene un momento al presentarse. Al verla Raimundo y don Joaquín se separan. El primero queda a la izquierda, el segundo viene a la derecha Amparo se acerca a su amante. Todo esto según lo indica el diálogo.)
¡Se abrazan! ¡Ah, cielo santo,
(Aparte, desde la puerta.)
y qué bueno es mi Raimundo!

RAIM. ¡Ella!... (A don Joaquín.)

JOAQ. ¡Qué abismo profundo!
(Separándose)

AMP. ¡Por algo te amaba tanto!
(Acercándose a Raimundo y en voz baja y apasionada. Raimundo la mira con asombro.)
Os he visto desde allí...
Os abrazábais... ¿Por qué?
No lo digas, yo lo sé:
tú no me engañas a mí.
(Todo esto con mezcla de malicia, de alegría y de ternura. Volviéndose a su padre y en voz alta.)
¡Qué bueno!... ¡Qué noble!...

RAIM. ¡Amparo!

AMP. Ya sé que le cuesta mucho. (Como antes.)

RAIM. ¡Si supieras cómo lucho! (En voz alta.)
¡Si lo supieras!

AMP. ¡Pues claro!
¡Abusar de la confianza
(A su padre, exagerando los méritos de Raimundo.)
que en él pusieron: romper
pruebas que de esa mujer
son en ley!... ¡Ya se me alcanza
que mucho le habrá costado!
Aunque soy niña ligera,
yo discurro a mi manera,
y algo también he pensado.

RAIM. ¡No, por nada de este mundo!...
(En voz alta.)

AMP. ¡Justo!... ¡Por ningún provecho!
(En voz alta.)

¡Y, sin embargo, lo has hecho:
(En voz baja.)
mayor mérito, Raimundo!
Y ahora, hablando en puridad,
(En voz aún más baja, acercándose más a él y observando si les miran.)
al quebrantar tu honradez...
¡tan solo por esta vez!...
¿por qué ha sido?... la verdad.
Dilo... y jura por tu honor;
más... ¡por tu eterna salud!
(Con el tono de niña caprichosa.)
¿Ha sido por gratitud,
o algo también por amor?
¿Por mi padre ha sido más,
o por mí también un poco?
(Con mimo.)

Raim. ¿Quieres que me vuelva loco?

Amp. ¡Toma, toma!... ¿No lo estás?
Si adorando a una mujer,
por amor y por ternura
no se hace alguna locura,
¿para qué sirve el querer?
(Raimundo le coge las manos, quiere decir algo, declararle la verdad; pero no se resuelve, le aterra el desengaño de Amparo.)
¡Te extrañal... ¡Tú tienes juicio!
¡Los hombres!... ¡Bah!... ¡Que si quieres!
Nosotras, pobres mujeres,
vivimos del sacrificio.
Triste ley y ley querida,
que por insondable arcano
es nuestro pan cotidiano
y es acaso vuestra vida.
Lo que has hecho por papá
y por tu Amparo tal vez,
una, y otra y otra vez
lo hiciera yo. Y ojalá
que la ocasión se presente,
¡que quiero sufrir por ti
lo que sufriste por mí,
y mucho más!

Raim. ¡Dios clemente!

Amp. ¡Que mi amor es tan profundo!..
¡Si el decirlo causa espanto!

¡Que te quiero tanto... tanto!...
¡Más que a mi padre, Raimundo!
RAIM. ¡Basta, basta!... ¡No, por Dios!
AMP. Como te debe la vida...
(Con atenuación de lo que ha dicho.)
en la tuya está fundida...
y en uno quiero a los dos.
RAIM. ¡Gozo... y sufro!... ¡y me estremezco!...
(En voz alta y con desesperación.)
¡y deliro!... ¡te lo juro!
Tanto amor, amor tan puro...
¿tú sabes si lo merezco?
AMP. (Voviéndose á su padre, pero espantada ya del tono de Raimundo.)
¡Y me adora.. y te salvó!...
¡Y ahora me pregunta a mí!...
RAIM. ¿Pero lo merezco?...
AMP. Sí.
RAIM. ¡Pues yo te digo que no!
¡Y lo repito mil veces! ..
Y tranquilo no he de estar...
hasta que te oiga exclamar,
Amparo, que me aborreces.
AMP. ¿Que yo te aborrezca?
(Con asombro creciente y con instintivo terror.)
RAIM. Sí.
AMP. ¡No comprendo!... (Mirando a todos.)
RAIM. ¡No te asombre!
¡Nunca te fíes de un hombre,
y mucho menos de mí!
Cuando acudo a mi conciencia,
encuentro un grotesco arcano,
con pasiones de villano
y levadura de ciencia.
Ni soy traidor, ni leal
y es que me falta también
fortaleza para el bien
y apetitos para el mal.
¡Felices los que el dolor
con alguna fe sanean,
y en algo creen, aunque crean
en el absurdo mayor!
AMP. ¿Que tú dudas?
RAIM. Ya lo dije.
AMP. ¿Qué pretendes?... (Retrocediendo.)

RAIM. ¡Ya te apartas!
AMP. ¿Dar a Dolores las cartas?...
(En voz baja y con terror.)
RAIM. Son suyas y las exige.
AMP. (Retrocediendo hasta encontrar a su padre, pero sin perder de vista a Raimundo. Esto queda encomendado a la actriz.)
¿Es cierto lo que le oí, (A su padre.)
que yo, padre, no lo creo?
(Pausa. Raimundo y don Joaquín permanecen silenciosos y sombríos. Amparo les mira alternativamente.)
¡Es cierto!... ¡Sí!... (Pequeña pausa.)
Ya lo veo
en él, Dios mío... y en ti.
(Abrazando a su padre. Nueva pausa.)
¡No ha de ser... ya lo verás!... (A su padre.)
¡Raimundo!...
(Llamándole. Raimundo permanece inmóvil.)
¡No se arrepiente!...
¡Pero ese hombre está demente
o no me quiso jamás!
JOAQ. ¡Raimundo, por compasión,
apresura tu sentencia!...
AMP. ¡Ay, padre, cuánta conciencia
y qué poco corazón!
(Pausa. Raimundo cae desplomado en el sillón y apoya la cabeza entre las manos y sobre la mesa. Amparo abraza a su padre.)
¡Padre... tus manos... tu seno!..
¡Mira, ingrato... si mató (A Raimundo.)
fué porque le provocó
un hombre!... ¡Pero es muy bueno!
¿No es esto lo principal?...
¿De esto es posible que dude?... (A su padre.)
¿Y no le amé cuanto pude?...
¿Pues por qué nos quiere mal?
Vamos. (Llorando, a su padre.)
JOAQ. No.
AMP. ¡Por compasión!..
Cederá... si ahora resiste.
(Amparo pugna por llevarse a don Joaquín hacia Raimundo, a pesar de que él se opone débilmente.)
RAIM. ¡De cuántas formas se viste, (Viéndoles venir.)
Dios mío, la tentación!
AMP. ¡Habla, llora, ruega, padre!

¡Rompe tu mortal silencio!
Llamaremos a Prudencio,
llamaremos a su madre.

RAIM. No hay modo que te condene
(Golpeándose el pecho.)
sin condenarme a mí mismo,
corazón, que tu egoismo
harto resguardado viene.
¡En aquella habitación
qué sola en cambio Dolores!
¡Para buscar fiadores
tiene ingenio la traición!
(Llegan Amparo y su padre a unirse con Raimundo. Debe procurarse que el grupo sea artístico.)
¡Llegó el instante fatal!
(Encogiéndose en el sillón.)

JOAQ. ¿Nos temes, Raimundo?

RAIM. Sí.
Pero más me temo a mí
que a vosotros.

JOAQ. Haces mal.
Yo soy reo, tú eres juez.

RAIM. Pues de los dos sospechara
quien nos mirase a la cara
al ver nuestra palidez.

AMP. Mírale...
(A Raimundo, señalando la figura abatida de don Joaquín.)
Que en vano lucho,
si el verle no te enternece.
Ahora tranquilo parece,
(Inclinándose hacia Raimundo, hablándole al oído, y señalando a su padre.)
¡pero anoche lloró mucho!

RAIM. ¡Padre... padre!... (Con profunda emoción.)

AMP. De su mano
has recibido la mía;
¡pero, ay, triste, que ese día
pasó!

JOAQ. Y está muy lejano.

RAIM. ¡No diga usté eso, por Dios!

JOAQ. ¡Basta!... ¡Cumple tu deber!
¡Vámonos!... ¡Cómo ha de ser!
(Queriendo llevarse a su hija.)

AMP. ¡Ya no nos quiere a los dos!

RAIM. (Vencido al fin y llorando)
¡Que yo a ti!... ¡Dios soberano!
¡Que yo no quiero a tu padre!...
¡Por ti!... ¡Por él!... (Tomando una resolución.)

AMP. ¡Por tu madre!
(Señalando hacia la derecha y suplicando con suprema angustia.)

RAIM. ¡Seré traidor y villano!
¿Qué importa? ¡De todos modos
con la masa me confundo,
que en este mísero mundo
alguna vez lo son todos!
¡Sacrificarle... jamás!
(Señalando a don Joaquín.)
¿Por un dudoso deber?
¡Quién me lo ha de agradecer!
¡Ni aquella mujer quizás!
¡Venid!
(Haciendo que se acerquen: en todos gran ansiedad.)
¡Con tu mano pura
da vuelta a esa llave ruin!
(A Amparo, señalándola una llave que ya está en el cajón de la mesa.)
¡Ya está abierta, don Joaquín!
¡Qué poco la cerradura
me acompaña en mis quimeras!
¡No resistió ni un momento!
¡Ni se ha hundido el firmamento,
ni han temblado las esferas!
(Abriendo el cajón y sacando los papeles.)
¡Estos son!... ¿Te dan espanto? (A Amparo)
¡No temas... nada receles!...
¡Por unos cuantos papeles
tanta angustia y tanto llanto!
(Con los papeles en la mano.)
¡Verás sobre aquel tizón
(Señalando la chimenea.)
qué llamarada rojiza!
¡Y después, en la ceniza,
que descubran mi traición!
Si obro mal, que no lo sé,
¿en dónde quedará escrito?
¿en el cielo? ¿en lo infinito?
¡Pues a que nadie le ve!
¿Ni en dónde tampoco impresos

de esa mujer los agravios?
¿Será en mi rostro? ¡Tus labios
los borrarán con sus besos!
¡Pretender la perfección!
¡Vanidad de vanidades!
¡Allá van las voluntades
donde quiere el corazón!
(Dirigiéndose a la chimenea.)
Aquí en silencio profundo,
con vosotros a mi lado...
¿Quién sabe lo que ha pasado?
¡Pues a las llamas!...
(Hace un movimiento para precipitar los papeles en la chimenea. En este momento es cuando aparece Dolores.)

ESCENA VIII

AMPARO, RAIMUNDO, DON JOAQUÍN y DOLORES por la derecha, segundo término

DOL. ¡Raimundo!
(Todos los personajes de la escena anterior formando un grupo a la izquierda, cerca de la chimenea. Dolores aparece, como queda dicho, en la primera puerta de la derecha; da unos pasos y se detiene. Los demás rodean a Raimundo en ademán de defensa, por decirlo así.)
AMP. (En voz alta.) ¡Recuerda lo prometido!
RAIM. ¡Suceda lo que suceda!
DOL. ¿Tú le pides?... (A Amparo.)
AMP. Que no ceda.
Ya sabes lo que le pido.
DOL. ¡También por tí abandonada!
AMP. Pues ha de ser de este modo.
Para ti, Dolores, todo;
para tu venganza, nada.
DOL. ¿Venganza?... ¡Justicia!
AMP. ¡Muerte!
DOL. ¡Este cambio!...
AMP. Fué preciso.
DOL. ¿Y quién lo quiso?
AMP. Lo quiso,
niña del alma, la suerte. (Pequeña pausa.)

DOL. Creyendo que era leal
a un caballero una dama,
depósito que hoy reclama
le confió.

RAIM. Pues hizo mal
al juzgarle hombre de honor,
y es inútil que reclame;
porque yo sé que es infame,
y le conozco mejor.

DOL. ¿Lo dice usted? (Con asombro.)

RAIM. (Con un ademán.) Mi mejilla.

DOL. ¡Esto es un sueño!

RAIM. Tal vez.
¡Mas sueño de tal jaez,
que parece pesadilla!

DOL. (Señalando los papeles que Raimundo conserva en la mano.)
¿Esos?

RAIM. Estos.

DOL. (Dando un paso.) Pues bien...

RAIM. No.

DOL. ¿Trata?...

RAIM. (Señalando la chimenea.) De echarlos allí...

DOL. ¿Al fuego las pruebas?

RAIM. Sí.
Lo exige...

DOL. ¿Quién?

RAIM. (Señalando a Amparo.) Ella.

AMP. Yo.
¡Y cesa en tu afán impío!

DOL. Nombre tal no es justo, Amparo.
En mi padre pienso.

AMP. ¡Es claro!
¡pero yo pienso en el mío!

DOL. ¡Virgen pura! ¡Santa Madre!...
¡Luego es su padre!...
(Señalando a don Joaquín.)

JOAQ. (Con desesperación.) ¡Su padre!

DOL. ¡Jesús!
(Da unos pasos vacilantes como para huir.)

ESCENA IX Y ULTIMA

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO, DON JOAQUÍN y BALTASAR. Raimundo siempre entre Amparo y don Joaquín, formando los tres un grupo. En el centro, pero hacia el segundo término, Dolores y Baltasar. Este, al entrar, ha sostenido entre sus brazos a su hermana, que estuvo a punto de caer

BALT. ¡Lola!
DOL. ¡Baltasar!
BALT. ¡Tú vacilas!... ¡son de hielo
tus manos!... ¡tu frente fría!
¡y en tus ojos, Lola mía,
un triste y opaco velo!...
¿Qué tienes?... ¿algún cobarde
te llegó a insultar?
DOL. (Queriendo llevarle.) ¡No; ven!
BALT. ¿Te han afligido?
DOL. Sí.
BALT. ¿Quién?
DOL. Ya te lo diré más tarde.
Ahora... vamos... ¡por favor! (Llevándoselo.)
BALT. (Deteniéndose cerca del fondo, volviéndose hacia el grupo de la izquierda y señalando a Raimundo.)
¡Raimundo es aquel!
RAIM. Raimundo.
BALT. ¡Me lo dijo su profundo
desaliento y mi rencor!
¡No fué de modo distinto!...
(Mirando a Raimundo.)
¡Tal como es, hermana mía,
al pensar cómo sería
me lo retrató el instinto!
¡Cobarde ante su deber!
¡Temblando ante mi venganza!
RAIM. ¡Pues no sé la semejanza
en qué la pudo usted ver!
¿Ser traidor?... quizá lo he sido.
¿Faltar al deber?... sí, pude.
¿Pero temblar?... no lo dude,
¡temblar no lo he conseguido!
DOL. ¡Si quieres verme morir (A su hermano.)
sigue así.
AMP. (A Raimundo.) ¡Por compasión!

BALT. O cumple su obligación
o yo se la haré cumplir.
(A su hermana, acercándose al fondo.)

RAIM. Ya veremos de qué suerte,
pues quedamos en el mundo.

BALT. (Desde la puerta.)
¡A muerte o vida, Raimundo!

RAIM. Baltasar, a vida o muerte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

PRUDENCIO

Otra vez surge el conflicto:
la tregua que nos ha dado
la enfermedad de Dolores
es tregua que está espirando.
La pobre Lola a la vida
vuelve, y a fe de hombre honrado
Que no me pesa. Pero él,
ese Baltasar del diablo
que ni aun en la enfermedad
de su hermana ha descansado
de su furiosa manía,
y desde el pueblo cercano
a donde se la llevó,
ni un solo día ha dejado
de escribir con amenazas
y de reclamar de agravios;
ese Baltasar que lleva
en la sangre fulminato,
y dinamita en los nervios,
y centellas en los labios...
o revienta como bomba
o estalla como petardo
cuando menos lo pensemos
y cuando haga más estrago.

Dos meses entre unas y otras
no obstante vamos ganando,
y la boda ya está cerca:
una semana: si al cabo
nos dejasen hasta entonces...
Después, después menos malo.
(Pequeña pausa.)
¡Y Amparito se imagina
que ya el peligro ha pasado!...
Es natural: ¡tanto tiempo!...
Secó al fin su triste llanto,
y de nuevo la sonrisa
acude alegre a sus labios,
como las aves al nido
que ingratas abandonaron,
cuando el invierno sañudo
escarchas y nieves trajo.
Pobrecilla. Me interesa;
y por ella hasta romántico
pienso que voy a volverme.
a pesar de tantos años
como llevo de ser hombre
grave, prudente y sensato.

ESCENA II

PRUDENCIO y RAIMUNDO, por el foro

RAIM. ¿Eres tú? Siempre te encuentro.
PRUD. Sí, como dice tu ciencia,
vengo a ser la quinta esencia
del egoísmo, soy centro
de toda humana pasión;
y es justo y es natural,
pues eres carne mortal,
que me tengas afición.
Desprendiéndose de aquí,
sobrino, si no me ofusco,
que no soy yo quien te busco,
sino tú quién viene a mí.
RAIM. Bien mirado, ser pudiera
que estuvieses en lo cierto
porque hace días que advierto,

que me voy a tu manera
de llevar la humana cruz.

PRUD. Yo no me meto en honduras;
pero el caso, si lo apuras,
es claro como la luz.
Y me asombra...

RAIM. ¿Qué te asombra?

PRUD. Nada si te causa enojos.

RAIM. ¡Qué saben humanos ojos
lo que es luz, ni lo que es sombra!
¡Qué dulzor tiene el deber
para todos .. desde lejos;
pero cuán amargos dejos
si en su copa hay que beber!
¡Del monte sobre la cima
qué luminoso parece:
pero cómo se obscurece
al compás que se aproxima!
¡Cómo miente! ¡cómo finge!
¡cómo espanta! ¡cómo asombra!
¡cómo traza entre la sombra
los contornos de la esfinge!

PRUD. Tu obligación...

RAIM. No sé cuál
pueda ser, ni aun por instinto.
Lo que resuelva es distinto.

PRUD. ¿Y qué es ello?

RAIM. Bien o mal,
porque el caso no es tan llano
como tú entenderlo sueles,
no entregar esos papeles
ni a Dolores ni a su hermano.
¿Que soy traidor? pues traidor.
es ya cosa decidida,
así me cueste la vida
y aunque me cueste el honor.
¡Era una débil mujer
la que el destino inclemente
me puso antes frente a frente...
y no cumplí mi deber!
¡Si se ofrece la ocasión
luchar con el poderoso,
esto es noble y es hermoso,
aun no teniendo razón!
Pero al débil abatir,

su flaqueza anonadar,
sin que pueda batallar,
ni consiga resistir,
aunque justicia se ejerza,
toma carácter de saña,
que la justicia se empaña
al contacto de la fuerza.
¿Y qué ha de ser siendo impía,
si en toda su majestad
toma visos de crueldad
y sabor de villanía?
¡Pobre Lola! yo la ví
casi a mis plantas... Lloraba..
y al reclamar, reclamaba
suplicando... y no cedí.
¿Pues cómo podrán lograr,
lo que no logró Dolores,
amenazas y furores
y ofensas de Baltasar?
Sólo hay un modo de ser,
aun más vil de lo que soy
otorgar al fuerte hoy
lo que al débil negué ayer.

PRUD. ¡Gran razón! ¡gran silogismo!
RAIM. No.
PRUD. ¿Que no? (Con admiración.)
RAIM. Ni por asomo.
Mas yo por bueno lo tomo
para engañarme a mí mismo.
PRUD. ¡Aquella voz!... Un momento.
(Dirigiéndose al foro.)
¡Es Lola!... (Volviendo apresuradamente.)
RAIM. Quizá no sea.
Es posible que la vea...
PRUD. ¿Quién, Raimundo?
RAIM. El pensamiento.
PRUD. El pensamiento esta vez
se ha convertido en verdad,
porque es Lola en realidad.
¡Y qué palida su tez!
(Asomándose a la puerta.)
RAIM. Vete; déjame con ella.
Corre a casa, y si su hermano
se presenta, como es llano
que va a buscarme querella,

que me espere, que allá voy;
pero que no venga aquí.

PRUD. Tienes razón.

RAIM. Pronto.

PRUD. Sí.

RAIM. ¿Enterado?

PRUD. Ya lo estoy.

(Se dan las manos y sale Prudencio.)

ESCENA III

RAIMUNDO y DOLORES, por el fondo. Dolores da unos pasos vacilantes; Raimundo acude a ella, la sostiene y la atrae al primer término, haciéndola sentar

DOL. Gracias, Raimundo... (Con voz apagada.)

RAIM. Dolores...
¿Viene usted?...

DOL. A mi pesar...

RAIM. ¿Con objeto?

DOL. De evitar
más desgracias y mayores.

RAIM. ¿Sabe Baltasar?...

DOL. Aun no.

RAIM. ¿Sospechará?...

DOL. No lo sé

RAIM. ¿Usted, Lola?

DOL. Por mi fe...
nada dije. Porque yo... (Secándose los ojos.)
¿A qué fin?... ¡Si este es mi sino!...
Más sangre no blanquearía
las manchas que de la mía
dejaron en mi camino.
(Refiriéndose a Raimundo y a Baltasar.)
¡Usté implacable!... ¡y él loco!...
¡Doble crimen!... ¡pena doble!

RAIM. ¡Es usted un alma noble!

DOL. Que ha merecido bien poco. (Tristemente.)

RAIM. ¿Entonces?...

DOL. Vengo a decir,
que es imposible evitar,
que reclame Baltasar
las cartas... Que ha de acudir
a buscarlas, según dice,

aquí mismo, si en su casa
(Refiriéndose a la de Raimundo.)
no le encuentra; y que no pasa
sin que su intento realice
ni otra noche, ni otro día,
porque dejarse burlar
de este modo, es ya tomar
patente de cobardía.
Que es contrario a su decoro
ir dando treguas al lance:
lo que él busca a todo trance
es su venganza: no su oro.
El lo dice... yo repito
(Observando un movimiento de Raimundo.)
sus palabras...

RAIM. Ya lo sé.

DOL. Y bien... ¿qué ha pensado usté? (Con ansia.)
¿Hay algún medio expedito
de evitar?...

RAIM. ¿Medio? Ninguno.

DOL. ¿Quién sabe?... cuando yo vengo
algún pensamiento tengo.

RAIM. ¡Imposible!

DOL. Pues hay uno.
Huya usted. (A Raimundo.)

RAIM. ¡Que yo!... ¡Jamás!
Eso es pedirme mi honor.

DOL. ¿Y mi padre? ¿y mi dolor?
¿Quién pone y quién pierde más?
¿Yo, que pobre, triste, sola,
no tendré paz ni reposo,
o usted... que será dichoso?

RAIM. Usted es un ángel, Lola.

DOL. Pues entonces no se asombre
y cumpla usted su deber.

RAIM. ¡Lo que un ángel puede hacer
no lo hace jamás un hombre!

DOL. Hay otro medio quizás.

RAIM. ¿Que conduce?

DOL. Al mismo fin.

RAIM. ¿Cuál es?

DOL. Que huya don Joaquín.

RAIM. No lo aceptará jamás.

DOL. ¡Que acepte, si es su destino!
(Con dureza.)

¡Salvo su vida, y es claro
que salvo al padre de Amparo,
no al miserable asesino!

RAIM. ¿Salvar?... ¡Su vida en rigor;
mas su fama de ese modo!...

DOL. ¡Por él lo he perdido todo...
(Con fiereza)
que al menos pierda su honor!

RAIM. ¡Eso no es digno de usted!...
(Con dulzura.)
Perdón, Lola, si hubo ofensa.
Lo dice usted, no lo piensa.
De la venganza la sed
y su hidrópica ansiedad
no llegan hasta esos labios,
que refrescan sus agravios
en fuentes de caridad.
Si la salvación que ansío
no encuentra su corazón,
es porque no hay salvación
más que en un camino: el mío.

DOL. ¿Resistir a Baltasar?

RAIM. Si él se empeña, ¿qué remedio?

DOL. ¿Y es ese su medio?

RAIM. Mi medio.
Otro no pude encontrar.

DOL. No pudo encontrarlo... Bien.
Pero existe. No sé cuál.
(Con creciente angustia.)
Sé que si lo hay para el mal
debe haberlo para el bien.
No pensaba ver a Amparo;
pero la veré, y las dos,
si Dios quiere, y querrá Dios,
lo hallaremos. Que no es raro
cuando hay buena voluntad
y rectitud de conciencia,
ir más allá que la ciencia
y el saber. Porque en verdad,
donde fracasa el talento
y fracasa la razón,
suele hallarse inspiración
acudiendo al sentimiento.

RAIM. Está ya todo pensado
y siempre nos falta base.

Si el sentimiento bastase,
¿qué no hubiera usté encontrado?

DOL. (*Con alegría, como si hubiera dado con una idea.*)
Diremos a Baltasar
que usted las cartas me dió:
que después las rompí yo. (*Con arranque noble.*)

RAIM. Y me vendrá a preguntar (*Con triste sonrisa.*)
con ansiedad rencorosa:
«¡El nombre!» Y no lo diré...

DOL. Eso es verdad. No acerté.
Pues entonces, otra cosa.

RAIM. Me inspira usté admiración;
pero no me da esperanza.
¡Lo imposible no lo alcanza
nadie... ni ese corazón!
¿Qué artificio, qué convenio
de pena a la culpa eximen?
Lazos que ató bien el crimen
no los desata el ingenio.
El crimen rueda lo mismo
que por el monte un peñasco,
y no hay quien le ponga atasco
hasta que llega al abismo.
¡Usted es ángel, pues ruegue!
¡Invoque divinos nombres!
Los demás, que somos hombres,
esperemos a que llegue.
Por eso yo, que no escondo
mi persona en un fracaso,
convencido ya del caso,
bajé a esperarlo hasta el fondo.

DOL. ¡Pues no importa!

RAIM. Pues valor.
Alguien viene.
(*Asomándose al balcón como si hubiese oído un coche. En este momento pasa Pedro.*)
¿Una visita? (*A Pedro.*)

PEDRO No tal: es la señorita
que vuelve con el señor.

DOL. Voy a esperarla. (*Resueltamente.*)

RAIM. Si alcanza
lo que pretende su empeño,
habrá realizado un sueño.

DOL. ¿Quién renuncia a la esperanza?
(*Salen por la derecha segundo término.*)

ESCENA IV

RAIMUNDO

¡La esperanza! ¡Palabra misteriosa,
divina luz, que al débil presta aliento,
y en el naufragio de la vida humana,
ilusión o verdad, señala un puerto!
Si una mujer por ella se reanima
y se empeña en luchar, yo, que me precio
de conservar mi voluntad entera
de resistir al temporal deshecho,
de llevar en mi sangre mucha vida,
y vida y sangre y luz en mi cerebro,
¿no he de luchar también? ¿He de rendirme?
Pensando poder más, ¿he de ser menos?
¡No será! ¡No será! ¡Todo problema
puede domado ser y ser resuelto!
Cumplir mi obligación: dar estas cartas
con alta faz y espíritu sereno,
e imponer la inocencia de ese anciano,
su razón, su honradez, al mundo entero.
¡Por algo las conservo! ¿Quién me dice
que el camino mejor no es el más recto?
(Sacando los papeles del pecho.)
¿Que del conflicto en el horrible potro
la única salvación no estriba en ellos?
¿De qué sirve el querer? ¿De qué la ciencia?
¿De qué el trabajo? Si en el trance adverso
para lograr el bien, por unos cuantos
pedazos de papel, ciencia y talento,
amor y voluntad, el alma toda
de Dios imagen, de su luz reflejo,
se estrellan humillados y vencidos
ante estos miserables signos negros.
De delación renglones y de encono,
arrancad vuestras letras de sus centros,
retorcer sus contornos miserables,
las armas esprimid de estos pigmeos,
no digais lo que dijo el moribundo,
que muerto es ya: ¡decid lo que yo quiero
Si tantas noches como llevo en vela
fundiéndoos de mis ojos con el fuego,
vuestro mezquino ser no han transformado,

¿para qué me dió Dios el pensamiento?
¡Amenaza!... ¡Emboscada!... ¡Sangre y oro!
(Mirando los papeles.)
¡Siempre lo mismo!... ¡Cada vez más tercos!
¡Rastro del crimen! ¡Ay, quién te blanquea!
¡Camino de la penal... ¡vas derecho!
¡Lógica del delito!... ¡Qué inflexible!
¡Abismos del dolor!... ¡Oh, cuán inmensos!
(Cae en un sillón.)

ESCENA V

RAIMUNDO y AMPARO por el fondo; sin que él lo note

AMP. ¡Raimundo!
(Raimundo da un grito de sorpresa y oculta los papeles.)
RAIM. (Dominándose y volviendo cariñoso.)
¡Dulce ilusión!
AMP. ¡Ingrato!... ¡Bien me abandonas!
¡Ayer sin ti!
RAIM ¿Me perdonas?
AMP. ¡Con su cuenta y su razón!
Con nosotros todo el día.
Y ya ves, *nosotros* digo;
pero yo pienso... *conmigo*.
RAIM. Sí, contigo, vida mía.
¡Qué risueño tu semblante!
AMP. ¿Te pesa?
RAIM. ¡Dueño adorado!...
AMP. Pensé, con lo que he llorado,
haber llorado bastante.
¿Me quieres menos que ayer?...
Aunque como no viniste,
no sé lo que me quisiste,
y es necesario volver
al principio, ¡muy atrás!
¡Veinticuatro horas lo menos!
RAIM. ¡Ojos dulces y serenos!
(Contemplándola con amor.)
AMP. Pues dilo.
RAIM. Cada vez más.
Tanto, que temo perderte
al mirarte conseguida,

y eres para mí la vida
en el borde de la muerte.

AMP. Pues no es difícil la empresa.
(Enumerando por los dedos con infantil malicia.)
Dichos, amonestación,
el cura, la bendición,
un altar y una promesa,
y las almas y los nombres
se funden a maravilla.
Si es la cosa más sencilla
que han inventado los hombres.
¿Pero hay mayor confusión?
¡De fijo he perdido el seso!
¡Si no me enseñaron eso!
¡Si no es humana invención!
¡Si Dios la fundó y la quiso
en un arranque amoroso,
y en un jardín muy hermoso,
que se llamó Paraíso!
¿Es que te molesta a ti
que hablemos de nuestras bodas?

RAIM. ¡Dichas, esperanzas todas,
tened lástima de mí! (Pausa.)

AMP. ¿A seguirme te resistes,
y a soñar cuando yo sueño?
¿Acaso tienes empeño
en hablar de cosas tristes?

RAIM. Es verdad, Amparo, sí.
Perdóname, vida mía.

AMP. Si finjo tanta alegría,
sólo es, Raimundo, por ti.
¿No me quieres?

RAIM. ¡Sí te quiero!

AMP. Pues si es tan grande tu amor,
no despiertes al dolor
que tiene el sueño ligero.

RAIM. ¿Y si hubiese despertado?
¿Si nunca hubiese dormido?

AMP. ¿Qué dices?

RAIM. No, bien querido,
lo pasado, está pasado.

AMP. ¡Otra vez esas tenemos,
cuando tranquilos y en calma!...

RAIM. ¡No, mi bien! ¡Alma del alma!
De nuestras bodas hablemos.

AMP. Pues volvamos a lo de antes; (Con alegría.)
mas con una condición:
que hemos de hablar en razón
(Con seriedad cómica.)
y de cosas importantes.
¿Es tal vez que el casamiento?...
RAIM. ¡Ilusión, siempre lejana!...
AMP. ¡Ocho días!... ¡Si es mañana!
Como quien dice al momento.
¿Y después a Italia?... ¿Sí?
¡Cuenta que ya me preparo!...
RAIM Donde tú quieras, Amparo;
pero muy lejos de aquí.
Atrás queden el dolor,
el desengaño, el tormento,
acaso el remordimiento,
y quien sabe si el honor.
¡La mentira y la verdad,
cien torturas de cien potros,
y a escondidas con nosotros
huya la felicidad!
¡Ver de tu rostro el rubor,
mirar tus azules ojos,
beber en tus labios rojos
los deleites del amor,
y victorioso decir,
a cuanto he dejado atrás,
como ya no existe más
ya no me importa morir.
AMP. Y eso que dices... ¿por quién?
RAIM. Sólo por ti.
AMP. Ya lo entiendo.
Lo demás no lo comprendo,
pero me suena muy bien.

ESCENA VI

RAIMUNDO, AMPARO y DON JOAQUÍN, por la derecha segundo término

JOAQ ¡Eres feliz! Dios te asista,
que andará muy cerca el llanto.
Pero en fin, Amparo, en tanto
que lo seas, egoista

no debes mostrarte. En pos
van de las dichas las penas,
y desdeñar las ajenas
es casi tentar a Dios.

AMP. No comprendo esos rigores;
(Con cierta emocion y algún sobresalto.)
si hay penas yo las comparto.

JOAQ Pues encerrada en tu cuarto, (En voz baja.)
está llorando Dolores.
(Movimiento de Amparo. Pausa.)

AMP. ¡Ella vuelve!... ¿Para qué?...
¡Me dijiste que no estaba (A su padre.)
en Barcelona!

JOAQ. Pensaba
lo que dije. La busqué (Con voz sombría.)
sin dar con ella.

AMP. ¡Dios santo!
¡Y yo necia que creía!...
¡Que no hay sueño de alegría
sin un despertar de llanto!
¡Todos tan felices ya!...
No importa... voy a buscarla...
procuraré consolarla...
y de que por fin lo está,
hasta que no me cerciore
no la dejo ni un momento...
Yo, cuando alegre me siento,
no quiero que nadie llore.
(Dice esto con cierta ligereza, mezclada de mimo y de lágrimas y dirigiéndose a la puerta del segundo término; por ella sale.)

ESCENA VII

RAIMUNDO y DON JOAQUÍN

JOAQ. (Después de una pausa.)
¡No, Raimundo, ya no más!
¡De mi Amparo la alegría
y esa mirada sombría
(Refiriéndose a Raimundo.)
como no la vi jamás;
sucesos nunca olvidados,
tormentos nunca vencidos,

y aquel grito en mis oídos,
y esos dos siempre empeñados
en amargar mi vejez...
han domado mi valor.
Yo he sido tu protector:
Raimundo, sé tú mi juez.
Tú mis disculpas acaso
esquivando por enojo,
y yo el darlas por sonrojo...
no hemos hablado... del caso...
(Con repugnancia.)
de la muerte de aquel hombre...
de mi crimen... que en rigor,
ya sé que si no el mejor
el más propio es este nombre.
Pero aun siéndolo, Raimundo,
ciertos datos... interesa
conocer, porque no pesa
de igual manera en el mundo,
ni ante la sana razón
puede pesar en justicia,
un delito con malicia
que un arranque de pasión.
(Pausa. Raimundo le escucha sombrío y silencioso.)
¡Hay una mancha en mi frente...
Pero en mi honra, no!... Te exijo
que me escuches.

RAIM. Sí, de fijo
(Con tono duro: quiere convencerse a sí mismo.)
sé que es usted inocente.

JOAQ. Inocente, no. Repara
que al fin... maté. (Bajando la voz.)

RAIM. Me es igual:
en lucha franca y leal,
de hombre a hombre y cara a cara.

JOAQ. (Oyéndole con alegría y asintiendo con afán.)
Eso sí: ¡duelo a lo sumo!...
si no defensa. Mas tú...
¿lo sabes?...

RAIM. ¡Por Belcebú!
yo no lo sé: lo presumo.
¡Porque debe ser así!
¡Porque es preciso que sea!
¡Porque el alma lo desea!
¡Porque lo siento yo aquí! (Golpeándose el pecho.)

JOAQ. ¡Gracias, Raimundo!
(Apretándole las manos con efusión.)
RAIM. (Avergonzado de sí mismo.) Señor,
mi confianza es sospechosa:
miro en Amparo mi esposa
y en usted mi bienhechor.
JOAQ. Aquella noche... ¡te juro
que iba a reclamar lo mío!
RAIM. Si lo sé: si no varío
en mi fe; ¡si me figuro
la historia infame y sangrienta!
¿Pues a quién no se le alcanza?
¡Un abuso de confianza
y una quiebra fraudulenta!
(Don Joaquín apoya con ansia cuanto oye.)
JOAQ. ¡Cierto! ¡Te lo iba a decir!
RAIM. Y usté al borde de la ruina
¡y preparando Medina
la fuga! ¿Qué decidir?
¡La ira ciega! Si esto es llano.
En acecho la malicia...
torpe y tarda la justicia...
¡la tomó usted por su mano!
JOAQ. Así fué: ¡me provocó!
¿Ves a Baltasar? Lo mismo
era aquél. Con su cinismo
y su furia... ¡me cegó!
¡Saca de un arca de hierro
un puñado de billetes!...
¡de un trofeo dos floretes!...
Después cierra... y dice: «Cierro,
»porque gusto en estas bromas
»de estar solo; son manías.
»¿Por lo tuyo no venías?
»¡Pues a ver cómo lo tomas!»
¡Y era mío!... ¡por mi fe!...
¡allí mi dinero estaba!
¡Con sangre lo rescataba!...
¡Suya y mía!... ¡Y lo tomé!
(Con repugnancia y espanto.)
RAIM. (Precipitándose para interrumpirle.)
¡Mas sin darse cuenta de ello!..
¡Sólo por ser los despojos
de la lucha!... ¡y en los ojos
mucha sangre!.. ¡y el cabello

empapado en sudor frío!...
¡a ciegas!... ¡casi demente!
diciendo instintivamente:
«¡una parte de lo mío!»
(Don Joaquín le sigue con interés supremo, apoyando cuanto dice.)

JOAQ. ¡Todo lo sabes!

RAIM. Pues son
prodigios de quien me inspira.
(Golpeándose el pecho.)

JOAQ. ¡Una parte!... ¡Porque mira,
(Al fin y al cabo don Joaquín es hombre de negocios y no puede olvidar la pérdida.)
aun perdí más de un millón!
Y era acreedor preferente
para el caso de un concurso.

RAIM. Está claro... ¿Qué recurso?

JOAQ. ¿Luego me crees...?

RAIM. Inocente.

JOAQ. Eso arroja la consulta
(Con ansia y esperanza.)
de las pruebas, ¿no es verdad?

RAIM. ¡No las nombre, por piedad!

JOAQ. Pues en ellas, ¿qué resulta?

RAIM. ¡Instintos de humano lobo
(En voz muy baja y con terror.)
a la rapiña resuelto!
¡Oro con sangre revuelto!
¡Asesinato por robo!

JOAQ. Y ante un tribunal en juicio,
(Lo mismo y mirando a todas partes.)
según eso, ¿qué aventuro?

RAIM. La deshonra de seguro,
y quién sabe si el suplicio.

JOAQ. ¿No probamos mi honradez?

RAIM. Los dos solos, ¡ya lo creo!
Cuando usted, padre, es el reo,
y cuando yo soy el juez.

JOAQ. ¿Qué estás diciendo?

RAIM. No más
que lo que me digo a mí.

JOAQ. Sin embargo... yo creí...
yo esperé...

RAIM. Pues yo, jamás.
(Pausa. Don Joaquín abatido. Raimundo hosco.)

JOAQ. Al principio... tú me viste...
a pesar de mi tristeza,
no mostré indigna flaqueza:
¿no es verdad? Ni en mí pudiste
hallar el menor indicio
de humillación. Me sentía,
si Dolores lo exigía,
preparado al sacrificio.
¡Te dejé tu libertad!
¡Me resigné con mi pena!
¡A toda dicha terrena
renunció mi voluntad!...
¡Era una noche!... ¡Dios mío!...
¡Quise morir!... ¡Ya demente
cogí un arma y en la frente
sentí un anillo muy frío!
¡Sellaba mi destrucción
crispada y febril la mano!...
¡Dulces notas de un piano
llegaron desde el salón!...
¡Es Amparo que me advierte
que la olvido en mi agonía!...
¡Y pensé, pobre hija mía!
¡Y cayó mi brazo inerte!
¡Pero, Raimundo... después
de tanto tiempo, he creído
en el perdón y el olvido,
y en la dicha de los tres!
Y acostumbrarme no puedo
a otro rigor de la suerte.
Antes... todo... hasta la muerte.
Hoy de todo tengo miedo.
La desgracia de esta vez
me ha cogido el corazón
por sorpresa y a traición,
de repente y con doblez
Como su curso no tuerzas,
ruedo al abismo profundo,
porque a mis años, Raimundo,
pronto se agotan las fuerzas.
RAIM. Le salvaré del rigor
de la suerte: se lo fío.
JOAQ. ¿Aun a costa...?
RAIM. ¡Padre mío,
aun a costa de mi honor!

JOAQ. (Cogiéndole las manos con efusión.)
¡Con qué palabras no sé
expresarte!... Ya la calma
me devuelves... ¡Y en el alma
cuánta gratitud!... ¡Seré
más que padre!... Yo me entiendo...
(Con sonrisa cariñosa.)
Y Amparo... si ella supiera...

RAIM. ¡No me hable de esa manera,
(Soltándose de don Joaquín y separándose de él.)
que parece que me vendo!
(Pausa. Don Joaquín queda aterrado.)
Lo que usted debe afirmar
es que mató por pasión,
y a su modo con razón,
al padre de Baltasar.
Y estimular mi egoísmo
con astucia y paso a paso,
para que yo en todo caso
pueda engañarme a mí mismo.
¡Aliente mi fe por Dios!...
El medio ya se lo di.
¡Si llego a dudar de mí,
nos perderemos los dos!

JOAQ. ¡Basta ya! Si algún resquicio
(Con altivez y retrocediendo.)
la duda halló en tu virtud,
ni quiero tu gratitud
ni quiero tu sacrificio!

RAIM. ¡Eso, así, cualquier reparo
es ya torpe y es ya ruin!
Todo, todo, don Joaquín,
por usted y por Amparo.

JOAQ. ¿Y las cartas?...

RAIM. Aún las tengo.
(Medio sacándolas del bolsillo de la levita, pero dejándolas en él.)

JOAQ. ¿Y ese hombre?

RAIM. No las tendrá.

JOAQ. Si las destruyeses...
(Don Joaquín se acerca con ansia.)

RAIM. Ya
lo he pensado y me detengo.

JOAQ. ¿Por qué?

RAIM. Porque el destruirlas

es una vileza, padre.
No hay nombre que más le cuadre.

BALT. Los veré.
(Desde dentro con energía y como disputando con los criados.)

RAIM. Viene a pedirlas.

JOAQ. ¿Pero él ignora que yo...?
(Con angustia a Raimundo.)

RAIM. Dolores nada le dijo.

BALT. Yo daré con su escondrijo.
(Entrando con ímpetu: el criado le sigue.)
¿Ves cómo está?
(Al criado: señalando a Raimundo.)

JOAQ. Vete. (Al criado: éste sale.)

ESCENA VIII

RAIMUNDO, DON JOAQUÍN y BALTASAR

JOAQ. No.
(Aparte, con un movimiento para alejarse.)
¡Me repugna su presencia,
me espanta su parecido!

BALT. (Mirando con recelo a don Joaquín durante toda la escena.)
Don Joaquín, perdón le pido,
pero importa su asistencia;
necesito su consejo
y le ruego que se quede.

JOAQ. Si de algo servirle puede
mi persona, es vicio viejo
en don Joaquín de Barrieta
no negar su protección
a nadie. (Habla sin mirarlo.)

BALT. Buena ocasión
de prestármela completa.

JOAQ. ¿Para qué?

BALT. Para probar
a cierto ilustre letrado
que un depósito es sagrado
(Con ironía, señalando a Raimundo.)
y no se puede negar.

JOAQ. ¿Lo duda alguien?

BALT. Cierto.

JOAQ. (Sin poder contenerse) Pues
si ninguno lo dudase,
por Cristo que se evitase
algo que duele después.

BALT. (Después de observar a don Joaquín, dirigiéndose a Raimundo.)
Ya conoce su opinión.

RAIM. Para mí de gran prestigio, (Fríamente.)
pero que en este litigio
carece de aplicación.

BALT. (Con dureza y con imperio.)
Yo le aseguro a mi vez,
que esa opinión es la mía.

RAIM. De fijo la seguiría
siendo mi padre o mi júez.

BALT. Pues aunque mucho le pese
y lo encuentre extroordinario,
que la siga es necesario,
lo mismo que si lo fuese.

RAIM. Toda opinión mala o buena
que yo siga, en puridad,
la escoge mi voluntad,
no la voluntad ajena.

BALT. De mi paciencia ya voy (Sin poder dominarse.)
a traspasar los linteles.
Sin ambages, los papeles...

RAIM. Sin ambages: no los doy.

BALT. ¡De su altivez a despecho!...
(Acercándose amenazador a Raimundo.)

RAIM. ¡Baltasar! .. (Haciendo lo mismo.)

JOAQ. Calma y prudencia.
(Interponiéndose, Aparte a Raimundo, separándole.)

RAIM. (Aparte.)
Es verdad... porque en conciencia
él defiende su derecho.
(Pausa. Los tres se observan: toda la escena queda encomendada a los actores. Raimundo pasa a colocarse entre don Joaquín y Baltasar.)
Me duele su obstinación,
(Cambiando de tono y con excesiva cortesía.)
aunque entiendo a mi pesar
su extrañeza, Baltasar,
su empeño y su situación.
¡Con lealtad!... ¡Con toda el alma!...
(Con arranque noble.)

Y aparte frases confusas...
le presento mis excusas
y hablemos en paz y en calma.

BALT. (Moderando el tono, pero con menos expansión: siempre está en guardia y sospecha celadas.)
Me complace su actitud,
y nada mejor quisiera,
sino que al fin le debiera
por su apoyo, gratitud.

RAIM. Pues a solas, sin testigos,
y olvidando lo que fué,
con entera buena fe
departamos como amigos.
(Se sientan los dos en el sofá: don Joaquín en el sillón del otro lado. Pausa.)
El criterio diferente (Con tono tranquilo.)
que en nosotros estoy viendo,
consiste, según entiendo,
y lo diré francamente,
sin que le parezca audacia
ni mis frases le lastimen,
en que usted tomó por crimen
lo que fué sólo desgracia.

BALT. ¿Fué el matador?

RAIM. Criminal...

BALT. Conformes.

RAIM. Por mala suerte.

BALT. ¿De qué modo?

RAIM. Si dió muerte,
dió muerte en lucha leal.

BALT. ¡Es curiosa la invención!

JOAQ. ¡Dos millones entregados!...
(Baltasar le observa atentamente.)

RAIM. Y por su padre negados...
(Raimundo distrae la atención de Baltasar.)

JOAQ. Sin razón. (Sin poder dominarse.)

RAIM. O con razón:
(Interviniendo nuevamente.)
poco importa. Que se obstina...
que se niega... que se aplaza:
el insulto... la amenaza...
por fin la crisis... la ruina...
La del uno, recia y fuerte...
la del otro, no completa;
una entrevista secreta...

y delirio, y sangre y muerte.
¿Quién el culpable?... No sé:
es posible que ninguno.
¿Quién el asesino?... Hay uno:
pero no como usted cree.
(Baltasar ha oído todo el relato con sonrisa burlona, más aún, sarcástica.)

BALT. Puede contar esa historia,
que me parece estupenda,
a quien ame la leyenda,
y a quien no tenga memoria.
Y la hallará peregrina,
y la aplaudirá de fijo...
mas no se la cuente al hijo
de don Gabriel de Medina.
Si ante el asesino el cuello
servil humilla la gente,
porque es rico y es potente,
será que ganan con ello.
(Movimiento de Raimundo.)
Ni tan necio... ni tan bobo...
Las riquezas no redimen,
y el crimen se llama crimen,
y el robo se llama robo.

JOAQ. ¡Era honrado el matador!
(Levantándose con ímpetu.)

RAIM. ¡Cumplió acaso su deber! (Lo mismo.)

BALT. Muy su amigo debe ser, (Lo mismo.)
quien por él con tal calor
aboga en causa tan ruin.
Sus afectos no disfrace.
(A Raimundo.)

RAIM. ¡Soy su amigo! (Con arranque.)

BALT. ¡Que me place!
¿Y usted también, don Joaquín?

JOAQ. Debo serlo, por lo visto,
(Sombrío y triste.)
toda vez que le defiendo.

BALT. Ya nos vamos entendiendo:
acabarán, ¡vive Cristo!
(Pausa. Los tres en pie, agitados, nerviosos, amenazadores.)
Terminen, pues, mis porfías,
que malamente las fundo.
Cada cual tiene en el mundo

amistades, simpatías,
lazos, afectos y amores:
con esto nada hay perdido.
Pero ya habrán comprendido
que es imposible, señores,
sin inferir a mi honor
un inmerecido ultraje,
ni darme usted hospedaje,
(A don Joaquín, indicando que se retira.)
ni usted ser mi defensor. (A Raimundo.)
Ahí tienen con claridad
lo que Baltasar resuelve.
Mis cartas me las devuelve
(A Raimundo.)
y todos en libertad.
Cada cual con su razón,
sin enojo y sin ofensa:
ustedes a la defensa,
Medina a la acusación.
(Golpeándose el pecho.)
Esas cartas (Con imperio.)

RAIM. Imposible.

BALT. ¡Me pertenecen! (Aproximándose.)

RAIM. Se engaña.

BALT. ¡Vive Dios, que ya su hazaña
(Acercándose mas)
va rayando en lo increible!
¡Si parece desatino!
¡Si lo dudo y lo estoy viendo!
¡Si el encubridor va siendo
aún más vil que el asesino!
(Cogiéndole por un brazo. Raimundo lo mira con asombro y al pronto no resiste.)

RAIM. ¡Mire que aunque no le cuadre,
ya siento mi sangre arder...
y pudiera usted tener
el mismo fin que su padre!
(Cogiéndolo a su vez con ira. Don Joaquín se precipita entre ambos y los separa.)

JOAQ. ¡Eso no! ¡No digas eso!...
(A Raimundo.)
¡Gabriel!... ¡Gabriel!... ¡desdichado!

RAIM. ¡Por Dios, padre!...
(Se lo lleva a un extremo. Don Joaquín huye la mirada de Baltasar.)

BALT. ¿Qué le ha dado?
¿Qué lleva en su rostro impreso?
(Aparte observándole con estupor. La sospecha crece en su ánimo y casi es certidumbre.)

RAIM. Téngase por prevenido.
(Procurando distraer la atención de Baltasar. Este a la derecha. Raimundo y don Joaquín formando un grupo a la izquierda.)

BALT. (Ya sobre la pista, sin dejar de observar a don Joaquín.)
En todo caso, Raimundo,
ni tengo apego a este mundo
ni ya me doy por vencido.
Mas vamos a lo que importa,
aunque es la materia ingrata.
¿Este nudo se desata,
o se deshace, o se corta?
¿Por qué, señor don Joaquín,
no interpone su influencia?
Que yo le digo, en conciencia,
que en este enredijo ruin
cada vez entiendo menos
sus ansias y sus afanes,
y sus complicados planes
sobre negocios ajenos.
(Acercándose lentamente. Don Joaquín huye por instinto y se abraza a Raimundo. Baltasar sigue dirigiéndose a su encuentro. Esto queda encomendado a los actores.)
A veces usted me mira
como amigo, y otras veces
su faz entre palideces
relampaguea con ira.
Al escuchar su amenaza
(Señalando a Raimundo.)
usted tomó mi defensa.
(Después, con ironía y expresión reconcentrada.)
¡Pues vaya la recompensa!
¿Por qué los brazos no enlaza,
en ellos dándome abrigo,
y hasta quién sabe si gozo,
con los brazos de este mozo,
que es el hijo de su amigo?

RAIM. (¡Valor!) (Aparte a don Joaquín.)

JOAQ. (Aparte a Raimundo.)
(¡Raimundo, si es él!)

BALT. ¿Qué le asombra en este paso?

¿Es el parecido acaso
(Con profundo acento y acerada ironía.)
con mi padre?

JOAQ. (Extendiendo el brazo.)
¡Sí, Gabriel!

BALT. Una tan gran emoción
supone...

RAIM. ¡Basta!

BALT. ¡Raimundo,
no me distraiga!... Un profundo
(Continuando y acercándose más.)
secreto en el corazón.
¿He acertado de esta vez?
(Con acento terrible. Don Joaquín retrocede y se cubre el rostro con las manos.)
Sí... ¡los viles se descubren!
Esas dos manos, ¿qué cubren?
¿miedo, espanto o palidez?
(Separándoselas de pronto.)

JOAQ. (Mostrando la faz e irguiéndose con fiereza.)
¡Palidez!... Puede que sí.
¡Remordimiento!... Quizás.
¡Miedo ni espanto!... Jamás.

BALT. ¿Luego tú fuiste?

JOAQ. Yo fuí.
(Baltasar hace un movimiento para arrojarse sobre don Joaquín. Raimundo se interpone. Pausa: la escena queda encomendada al talento de los actores.)

BALT. ¡Cielo, de golpe desplomas
sobre mí tus alegrías!
(Este es el momento en que pretende arrojarse sobre don Joaquín.)

RAIM. ¿Por tus cartas no venías?
Pues a ver cómo las tomas.
(Dice esto poniéndose ante don Joaquín y pretendiendo llamar sobre sí el furor de Baltasar.)

BALT. (A Raimundo.)
Ya no he menester tus cartas,
ya puedes unirte a Amparo.
¡Goza, goza sin reparo
del oro que a manos hartas
te ha valido tu traición!...
¡Tienes lo que te interesa!...
¡Pero yo tengo mi presa!...
(Señalando a don Joaquín.)

RAIM. (A Baltasar.)
¡Antes yo tu corazón!
BALT. ¡Allá fuera hay un armero...
hierros... abajo el jardín!...
JOAQ. ¡Aquí sangre!...
(Golpeándose el pecho.)
BALT. ¡Pues al fin
está todo!...
(Haciendo un movimiento para salir.)
RAIM. Yo el primero
BALT. (Señalando a don Joaquín.)
Me urge cobrar lo que es mío.
RAIM. ¡Te urge escapar de mis manos!
¡Eso buscan los villanos:
mucha edad y pocos bríos!
(Señalando al anciano.)
BALT. ¡Pues los dos! (Dirigiéndose al foro.)
RAIM. A comenzar
por mí.
JOAQ. (Deteniéndole.)
Por mí.
BALT. Por cualquiera
JOAQ. ¡Es preciso que yo muera!
RAIM. Está por averiguar
de este drama el desenlace.
BALT. ¡No me escatimen los goces
que me aguardan!
RAIM. Menos voces,
(Bajando la suya y mirando hacia la puerta.)
si no es que le satisface
encontrar algún estorbo
como áncora de salud.
(Todo lo que sigue con voz reconcentrada y rápida temiendo que les oigan y observando.)
BALT. Bien lo dice mi actitud.
(Adelantándose.)
RAIM. Una cosa es mirar torvo
y otra presentar el pecho.
BALT. ¡Vamos!...
RAIM. ¡Vamos!...
JOAQ. ¿Quién será?
(Mirando a la segunda puerta de la derecha.)
RAIM. ¡Es Amparo!
JOAQ. ¡Viene ya!
(Queriendo seguir a Baltasar.)

RAIM. ¡Es mi vez! (Deteniéndolo.)
JOAQ. ¡Es mi derecho!
(Conteniendo a Raimundo y siempre en voz baja.)
RAIM. ¡Por ella! (Rogándole y deteniéndole.)
BALT. ¿Encontramos vado?
(Desde el fondo en voz baja al verlos luchar.)
JOAQ. ¡Por mí!
RAIM. (A don Joaquín.) ¡Qué espera aquel hombre!
BALT. ¡Por mi padre y por su nombre,
que ya espero demasiado!

ESCENA IX

RAIMUNDO, DON JOAQUÍN, BALTASAR y AMPARO, por la derecha segundo término

RAIM. ¡Amparo!
JOAQ. ¡Amparo!
AMP. ¿Qué es esto?
BALT. ¡Que buscan una salida!
(Ya todos en voz alta.)
RAIM. ¡Que quiere perder la vida!
(Señalando a don Joaquín.)
JOAQ. ¡Que quiere tomar mi puesto!
(Señalando a Raimundo.)
RAIM. (A Amparo.)
¡Si su existencia adorada
te interesa, en fuertes lazos
ciñe a su cuello tus brazos
y no le sueltes por nada!
AMP. ¡Perderte!
(A su padre, colgándose a su cuello y sujetándole.)
JOAQ. ¡Suelta por Dios!
AMP. (Luchando con él.)
¡No, padre!... ¡Cielo divino!...
RAIM. (A Baltasar.)
¡Tenemos franco el camino!...
BALT. ¡Ahora!...
RAIM. Sí... ¡Nosotros dos!
(Salen por el fondo y cierran la puerta.)

ESCENA X

AMPARO y DON JOAQUÍN

AMP. ¡Padre!... ¡Padre!...
JOAQ. ¡Déjame!...
AMP. ¡Nunca!
JOAQ. ¡Suelta!
(Desprendiéndose de ella y corriendo a la puerta.
AMP. (Al ver que han salido.) ¿A dónde van?
JOAQ. ¡Cerrada! ¡Se matarán!
AMP. ¡Mi Raimundo! ¡No!... ¿Por qué?
JOAQ. Ya lo sabes... ¡Porque yo!...
AMP. ¡Pues ven!... ¡A salvarle corro!...
¡Aquí, Dolores!... ¡Socorro!...
JOAQ. ¡Llama a todos!... ¡A ella no!
AMP. ¡Pues salvarle necesito!...
BALT. ¡Lola!... (Desde dentro.)
JOAQ. ¡Me hiela el espanto!...
(Se abraza a su hija. Pausa. Los dos aplican el oído)
AMP. ¡Qué ha sucedido, Dios santo!
JOAQ. ¡Que te lo diga ese grito!
AMP. ¡Estás helado!
JOAQ. ¡Estás yerta!
AMP. Alguien llora en el jardín.
JOAQ. Es Dolores...
AMP. ¡Ah! Por fin
abren la puerta.
JOAQ. ¡La puerta!...

ESCENA XI

AMPARO, DON JOAQUÍN, RAIMUNDO; después BALTASAR y DOLORES. Raimundo entra por el fondo lívido, desencajado y como huyendo: se precipita al grupo de don Joaquín y Amparo. Los tres quedan a la derecha estrechamente unidos

AMP. ¿Herido? (Abrazándole.)
RAIM. Sólo un rasguño.
¡Busqué la muerte y en vano!
No mires, niña, mi mano
que viene roja hasta el puño.

(En la puerta del fondo aparece Baltasar sostenido por Dolores: ambos se detienen.)

AMP. ¡Dolores!
RAIM. ¡Baltasar!
JOAQ. ¡El!...
RAIM. ¡Empeñado en perseguirme!
(En voz baja a don Joaquín.)
¡Es testarudo y es firme!
JOAQ. ¡Sí; lo mismo que Gabriel!
(En voz baja a Raimundo.)
BALT. Aquellos dos... ¿Lo ves?
DOL. Sí.
BALT. ¡Compadre para compadre!
¡El viejo mató a mi padre!...
¡El joven me ha muerto a mí!
¡Ven!... ¡Sostenme!... ¡De mí cuida!...
(A su hermana yendo hacia Raimundo: a medida que se acercan, don Joaquín retrocede con Amparo hacia la puerta de la derecha, primer término. Raimundo va quedando aislado.)
DOL. ¿Pero a dónde?
BALT. A reclamar
lo que es mío.
DOL. ¡Baltasar!...
BALT. ¡Aún me queda mucha vida! (Avanzan más.)
DOL. ¡Hermano, por Dios!
BALT. ¡Que no!
DOL. ¡Esta sangre!...
BALT. ¡Quite y calla!
(Rechazándola: queda solo.)
RAIM. ¡Por qué no existe una valla
entre vosotros y yo,
de jaspe, bronce o granito,
de algún material eterno,
arrancando del infierno
y subiendo a lo infinito!
BALT. ¡Pues no existió para mí,
(Llegando a tocar a Raimundo.)
que llegué!... ¡Y a más, sería
inútil!... ¡La pasaría!
¿Tienes mis papeles?
(Cogiéndole por un brazo.)
RAIM. Sí.
BALT. ¿Dónde?
RAIM. ¡Sobre el corazón!

(Baltasar apoya sus manos sobre el pecho de Raimundo y busca torpemente. Don Joaquín, a pequeña distancia, observando con ansiedad y casi en la puerta de la derecha. Raimundo inmóvil. Amparo viene a un lado: de modo que Raimundo se halla entre Baltasar y Amparo.)

AMP. (En voz alta.)
¡Resiste!

RAIM. ¡Yo bien quisiera!...
¡Pero, ay, Dios!... ¿de qué manera?

AMP. ¿Y tus brazos?

RAIM. ¡No es razón!
Venciendo su noble brío
llegó mi espada a su pecho:
¿con qué justicia o derecho
(Abre los brazos y se presenta indefenso,)
le impido que llegue al mío?
(Expresando en toda la escena horror al contacto de Baltasar.)

DOL. (Procurando contener a su hermano.)
¡Baltasar!

BALT. ¡Estos!...
(Arrancándole a Raimundo las cartas y con expresión terrible de triunfo.)

JOAQ. (Aparte.) ¡Valor!

BALT (Amenazando.)
¡No hay piedad!

AMP. (Cubriendo el rostro.) ¡No hay esperanza!

JOAQ. ¡Cuando sacies tu venganza
piensa en ella y en su honor!
(En voz alta, dirigiéndose a Baltasar y señalando a Amparo. Sale por la derecha resueltamente, cerrando a puerta.)

ESCENA ULTIMA

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO y BALTASAR. Baltasar y Dolores se dirigen a la izquierda, Baltasar se apoya en la mesa, su hermana le sostiene. En primer término queda Raimundo; Amparo se precipita hacia él

AMP. ¡No te perdono... no crees!
¡Ni aun en la hora de la muerte!..
(Al oído, incitándole.)
¡Ellos débiles.. tú fuerte!...

RAIM. ¡Eso nunca!
AMP. (Siempre al oído.) Si deseas
verme loca... palpitante...
en tus brazos... ser tu esposa...
RAIM. Ven... roguemos...
AMP. ¡Linda cosa!...
¡Ya hemos rogado bastante!
¡Otro medio!
RAIM. ¡Me estremeces!
(Suena un tiro. Pequeña pausa.)
DOL. ¿Será?..
BALT. ¡Mi venganza al fin!
AMP. ¡Déjame!...
(Luchando con Raimundo, que la sujeta.)
RAIM. ¡No!
(Amparo se desprende de Raimundo, corre a la puerta y la abre.)
¡Don Joaquín!
AMP. ¡Por ti... maldito mil veces! (Cae desplomada.)
(Amparo en tierra: junto a ella, en pie; Raimundo; Dolores y Baltasar siempre a la izquierda.)
RAIM. ¿Estáis contentos?
BALT. Cumplió
su deber. Ya no porfío.
De este modo cumplo el mío.
(Rompe las cartas y arroja los pedazos.)
RAIM. ¡Mal y tarde: como yo!
¡Muerte! (Señalando hacia dentro.)
¡Llanto!
(Llevándose las manos a los ojos.)
(Señalando a Amparo.) ¡Triste sueño!
¡Don Joaquín... que solo es tierra!
¡Su despertar... que me aterra!
(Refiriéndose a Amparo.)
¡Y vosotros.... que el empeño
conseguísteis!... contestad:
¿Qué resta al humano ser,
si por cumplir su deber
pierde su felicidad?
¿Cuál es la compensación
que por la dicha perdida
encuentran en muerte o vida
el alma y el corazón?
¿Responderme no sabéis?
¿El misterio no aclarais?

¡Pues conmigo aquí quedáis,
que respuesta me debéis!
(**Acercándose a Amparo.**)
¡Ven a mis brazos... los dos
mezclemos llantos y penas!
¡Ven... de miserias terrenas
pidamos justicia a Dios!

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endymión, ídem.

El canto de la Sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.

Precio: DOS pesetas